



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Su majestad Baby



Brigitte recibe en su apartamento a cuatro raros personajes, que le explican que ha sido seleccionada entre veinticinco mil mujeres de todo el mundo por un cerebro electrónico, y le proponen ser coronada reina de Atlantic Kingdom.



Lou Carrigan

Su Majestad Baby

Brigitte en acción - 096

Archivo Secreto - 193

ePub r1.1

Titivillus 29.03.2020

Lou Carrigan, 1969

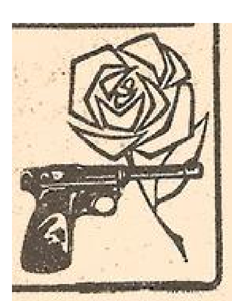
Editor digital: Titivillus
Diseño portadilla aniversario: Aigor & Skynet
ePub base r2.1



PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



SEXTO ANIVERSARIO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Es cierto que hay muchas mujeres hermosas en el mundo…, afortunadamente. Muchísimas. Pero ocurre que casi todas ellas tienen algún que otro defecto o defectillo: o son frías, o antipáticas, o tontas, o llevan lentes, o son desgarbadas de cuerpo, o tienen los pies un tanto grandes… Menudencias parecidas.

Sin embargo, la imagen que devolvía aquel espejo no tenía el menor defecto. Por más que el más exigente juez de belleza femenina se esforzase en buscarlo, jamás podría encontrarlo. Desde los preciosos pies con las uñitas manicuradas de color rosa-perla, hasta la punta de los largos, casi azulados cabellos negros, todo era perfecto. Todo. Las proporciones del cuerpo, la estatura, el tono de la dorada y finísima piel, el esbelto cuello, los hombros redondos y rectos, los brazos increíbles, la boquita sonrosada, los ojos azules… ¡Todo!

Y los espejos no mienten.

Si la hermosísima muchacha hubiese imitado a la madrastra de la deliciosa Blancanieves preguntándole aquello de «Espejito, espejito…, ¿quién es la mujer más linda del mundo?», el espejo habría respondido sin vacilar: «Tú, Brigitte Montfort, alias Baby; eres la más astuta espía del mundo y la mujer más bella del universo».

Pero en lugar del espejo, fue Peggy, la graciosa doncella rubita quien habló, apareciendo en el dormitorio de la más audaz espía de todos los tiempos:

—Preguntan por usted, señorita.

—¿Sí, Peggy? ¿Quién es?

—Cuatro caballeros.

—¿Cuatro, nada menos? —Brigitte se apartó del espejo, recogió su bata y se la puso, sonriendo—. Según parece, mi éxito es cada día mayor. ¿Qué es lo que quieren?

—Hablar personalmente con usted de un asunto importantísimo.

—Hum… ¿Los conocemos?

—Yo no, señorita.

—¿Van armados?

—Si van armados, saben ocultar sus armas tan bien como la señorita… Yo diría que no llevan armas, desde luego.

—Lo que tú digas, hijita, podría escribirse en un cuento de hadas. ¿Cuántas veces te he dicho que tengas cuidado con las visitas?

—Es que… Parecen unos caballeros tan… correctos y serios, tan formales y honrados…

—Si te dedicases al espionaje, no vivirías ni veinticuatro horas. Puedo explicarte mil cosas escalofriantes de guapos caballeros «honestos y honrados».

—Van de chaqué.

—De chaqué… Formidable tarjeta de presentación… ¿Quieres decir que van con cuello duro, sombrero de copa, pantalones a rayas, levita de faldones largos…?

—Sí, señorita.

—Fantástico. Supongo que no hablan en ruso —sonrió la divina superespía.

—No, señorita.

—Bien… Voy a salir. Coge una ampolla de gas de mi maletín, ve por el otro pasillo y no pierdas detalles de lo que ocurra en el salón. Si algo no fuese bien, tiras la ampolla contra nosotros.

—Pero la señorita también quedará dormida…

—Eso me hará bien. Y, además, cuando yo despertase, no estaría atada de pies y manos, ni tendría a Simón y a tío Charlie junto a mí, dispuestos a cortarme el cuello. En cambio, esos cuatro elegantes y honestos caballeros sí se encontrarían en tan desagradable situación. Si telefonea Frankie para salir a cenar… Es decir —corrigió, metódicamente—, si suena el teléfono, no contestes. Sólo tienes que estar pendiente de lo que ocurra en el salón. ¿Sí?

—Sí, señorita.

—Pues coge la ampolla de gas fulminante. La azul, querida. La verde… Bueno, si me tiras una ampolla de gas verde, temo que jamás me despertaría. No te equivoques.

—No… No, señorita, no… —tartamudeó Peggy.

Brigitte Montfort salió de su dormitorio, recorrió el amplio pasillo, adornado con cuadros que habrían hecho la felicidad de cualquier museo, y apareció en el salón grande, con dos puertaventanas que daban a la gran terraza desde la cual se veía todo el Central Park neoyorquino. Ni que decir tiene que con el contenido del salón se habrían sentido felices varios museos, y habrían estallado de dicha más de mil coleccionistas particulares.

Al menos, eso parecían pensar los cuatro impresionados, casi turulatos caballeros que paseaban silenciosamente de un lado a otro, efectivamente vestidos de chaqué, impecables, con el sombrero de copa en las manos. Los cuatro parecían tener alrededor de cuarenta y cinco años, y eran agradables de aspecto, perfectos en sus modales, impecables en su atuendo…

—Caballeros…

Cada uno donde estaba, se volvieron todos a la vez, hacia la puerta en la cual había sonado la dulce voz. Y, a la vez, las cuatro bocas quedaron abiertas por la más profunda y brusca admiración. Uno de ellos, incluso se sonrió… En definitiva, los cuatro parecieron recibir como un impacto la deslumbrante belleza de Baby, que sonreía como un ángel auténtico.

Rápidamente, uno de ellos se adelantó, quedando en el centro del salón, cerca del gran sofá, donde el diminuto «chihuahua» llamado «Cicero» permanecía alerta, no muy convencido por la presencia de aquellos cuatro hombres, a pesar de que Peggy los había llevado hasta allí.

—¿Señoría Brigitte Montfort Bierrenbach? —preguntó.

—Sí… —alzó ella las cejas—. Sí. Soy Brigitte Montfort. ¿En qué puedo servirles?

—Permítame que me presente. Soy Martin… —se inclinó tanto, que pareció a punto de perder el equilibrio—. Y ellos son Joseph, Zabulon e Isaac.

A medida que los iba nombrando, los otros tres hombres se inclinaron, con la misma exageración, colocando sus torsos paralelos al brillante suelo suntuosamente alfombrado.

—Bien… Encantada —sonrió Brigitte—. Perdonen si parezco un poco desconcertada, pero no recuerdo haberlos visto jamás… Pero ¿quizá nos conocemos, señor Martin?

—No… No, no. Pero esperamos que pronto nos conoceremos

todos muy bien. Nos trae aquí un asunto muy delicado, de gran importancia… De trascendental importancia, señorita Montfort. ¿Puedo sugerirle que nos sentemos?

Brigitte los miró de uno a otro, sin pestañear. Sus azules pupilas, por un instante, les produjeron a los cuatro la impresión de fríos taladros que barrenaban en sus cerebros; pero la dulce sonrisa reapareció pronto en los hermosos labios. Brigitte se sentó, junto a «Cicero», que lanzó un ridículo ladrido de alegría, y comenzó a derretirse de placer cuando un dedito de la espía comenzó a rascarle tras las orejas.

Los cuatro imponentes caballeros se sentaron en sendos sillones. Uno de ellos carraspeó, indeciso, y pareció a punto de volver a sonrojarse. El llamado Martin colocó sobre sus rodillas un portafolios que cogió del sillón antes de sentarse, y lo golpeó con suaves palmadas.

—Señorita Montfort —dijo de pronto—: lo sabemos todo.

—¿Todo? —musitó Brigitte—. ¿A qué se refieren?

—A usted. Sabemos todo cuanto concierne a usted.

—¿A qué llaman ustedes «todo»?

—Bueno… Lo cierto es que durante seis meses, antes de alquilar un cerebro electrónico a la IBM, nos dedicamos a reunir datos sobre veinticinco mil mujeres en todo el mundo. Usted fue una de ellas. En nuestro país se leen con mucho agrado sus artículos… Digamos que es allí relativamente popular. Indudablemente, usted es persona grata en nuestro país. Por eso fue seleccionada, junto con otras veinticinco mil mujeres, aproximadamente.

—¿Piensan formar una revista? —sonrió ella.

Los cuatro hombres sonrieron, en verdad divertidos. Parecía que la tensión iba disminuyendo rápidamente.

—No precisamente, señorita Montfort. Lo cierto es que las demás mujeres fueron rechazadas. Naturalmente, el cerebro electrónico, basándose en los datos que nosotros le suministramos, solamente podía dar una respuesta. Solamente una podía ser la elegida.

—Mmm… Como le decía, lo sabemos todo sobre usted. Y durante esta última semana, después de que el cerebro electrónico la designó, hemos ampliado nuestra información. Veinte detectives privados de Nueva York y otros tantos en todo el país, han recogido

informes sobre usted.

—Debe ser un empleo interesantísimo el que ustedes vienen a ofrecerme… Pero sigan, caballeros… ¿Qué saben de mí, exactamente?

—Muchísimas cosas. Pero diremos las que destacan más, por encima… No creo necesario entrar en detalles. Veamos: usted estudió en la Universidad de Columbia, luego aceptó un empleo de periodista móvil en el «Morning News», donde actualmente trabaja todavía…

—Soy muy fiel —sonrió de nuevo la divina.

—Y muy generosa. Sabemos que, prácticamente, con donativos que consigue de gente importante, mantiene usted un maravilloso asilo de ancianos y colabora en gran escala en un centro de rehabilitación infantil. Eso, aparte de gran cantidad de favores de todas clases que le debe media América, a juzgar por los informes de los detectives que nos permitimos contratar… —sonrió satisfecho Martin—. Aparte, es usted persona de cultura poco común. Ha viajado por todo el mundo, domina media docena de idiomas, es elegante, refinada, considerada con todo el mundo. De sus artículos se desprende, sin lugar a dudas, una actitud antirracista, y una perspicacia general en todos los temas que ha tocado usted… O sea, prácticamente, todos los temas que se tratan en el mundo. —Sonrió como disculpándose—. Sí, incluso parece entender algo de espionaje.

—Oh, bueno… No voy a negar que alguna vez me he enterado de pequeñas cosillas sin importancia. ¿Van a contratarme como espía?

—No, no… —se sobresaltó Martin—. ¡De ninguna manera! No nos parece adecuado hacerle a usted semejante ofrecimiento.

—Claro… —sonrió Baby Montfort—. Sería terrible para mí. Mire, señor Martin, no se canse usted más: entiendo que tienen un cerebro electrónico, que le suministraron datos y que entre veinticinco mil mujeres, ese cerebro electrónico me eligió a mí. Indudablemente, eso indica que soy la persona idónea para lo que ustedes precisan, si nos fiamos de la electrónica. Ahora bien, yo pregunto: ¿para qué necesitan una persona con tantísimas… cualidades?

—Para que sea nuestra reina.

—Ah… ¿Cómo? —se abrieron mucho los ojos azules.

—Le… le aseguro que no es ninguna broma. Su pueblo, sus súbditos, la están esperando.

—¿Mi pueblo, mis súbditos…? Señor Martin, perdone, pero…, ¿no se habrán escapado ustedes de un manicomio? Oh, vamos… Miren, yo no dispongo de tiempo para perderlo en tonterías, de modo que…

—No son tonterías. En estos momentos, cuatro millones de isleños están esperando a su reina. A usted.

—¿Quiere decir que cuatro millones de personas me han elegido como reina?

—Han aceptado las disposiciones del cerebro electrónico. Una vez supimos quién era elegida, conseguimos grandes fotografías, que se han repartido por todo el país. También su rostro ha sido lanzado por televisión hasta el último rincón de nuestra patria. La reacción ha sido… sorprendente. Muy sorprendente: cuatro millones de personas la han aceptado por unanimidad. Durante una semana entera, ni una sola persona ha demostrado disconformidad con la elección del cerebro electrónico. Es más: nuestro pueblo ya la adora a usted. Naturalmente, en los periódicos, en la radio y en la televisión, se les ha facilitado la más amplia información sobre su futura reina. Y en todos los medios de difusión se alaba grandemente a la elegida. En breve, estaremos preparados para acuñar monedas con su efigie, y billetes… Todo el país está loco con usted, y ya gritan que tendrán la reina más bella del mundo, la de los ojos sin par… Le aseguro que nosotros mismos, los políticos, estamos sorprendidos del éxito de usted. Pero, insisto, no es sólo su indiscutible belleza la que ha triunfado en mi país, sino sus cualidades personales, que, naturalmente, son ahora del dominio público en las islas. Si me permite usted una frase vulgar, diré que ha sido… un amor a primera vista entre usted y nuestro pueblo. Y estoy seguro de que cuando sus súbditos la vean en persona, su entusiasmo llegará al delirio. Respecto a nuestro país, del cual usted será coronada reina dentro de una semana, le diré que es Atlantic Kingdom; usted ya sabe: ese pequeño grupo de islas por encima de las Bahamas. Nosotros… Bueno, yo no pretendo engañarla a este respecto: no es un país demasiado rico, esa es la verdad. Pero su clima es agradable, sus habitantes pacíficos y felices en lo que

cabe… Mucha gente consideraría Atlantic Kingdom como una especie de paraíso terrenal. Su extensión es de seis mil millas cuadradas, y produce lo corriente en un país tropical. Está situado a veinticuatro grados treinta minutos de latitud Norte y…

—Señor Martin —musitó Brigitte—, sé muy bien dónde está el país llamado Atlantic Kingdom.

—Claro… Lo suponemos, sí.

—Y debo decir que parece un país… olvidado. Nunca se habla de él, por ningún motivo. No pertenece a la OEA, ni a la ONU, ni a ningún organismo internacional. Es un país más bien subdesarrollado, y poco menos que abandonado a su suerte, según entiendo, porque jamás ha admitido injerencias de nadie.

—Usted ha descrito perfectamente Atlantic Kingdom, señorita Montfort.

—Muy amable. Pero, dígame, señor Martin: todo eso de nombrarme reina será… una broma, ¿verdad? ¿Realmente qué es lo que quieren ustedes de mí?

—Que sea nuestra reina.

—Oh, vamos, no insistan en ese absurdo. No quiero parecerles inmodesta, pero soy una chica inteligente. Díganme la verdad, y yo la comprenderé. ¿Qué quieren exactamente de mí?

—Que sea nuestra reina. La coronación se llevaría a efecto dentro de una semana.

—¿Insisten en la broma? De acuerdo, caballeros, yo también tengo un aceptable sentido del humor, y les seguiré la corriente. Sólo que negándome a su proposición, naturalmente. Muy agradecida, pero declino ser reina. Buenas noches, caballeros.

Se puso en pie, y Zabulon, Isaac, Joseph y Martin la imitaron velozmente. Parecían consternados, entristecidos.

—Nos sume usted en la desesperación, señorita Montfort… —susurró Zabulon—. Sinceramente, en cuanto la hemos visto, nosotros mismos hemos comprendido que sería usted la reina que nuestro país está necesitando.

—Ustedes están pasándose de la raya… —frunció el ceño la más astuta espía del mundo—. La broma terminó, señores. ¿Quién tuvo la idea?

—¿Qué idea? —se sorprendió Martin.

—La de enviarlos a ustedes con esta graciosa embajada, tan

elegantes… Caballeros, les aseguro que me ha complacido mucho su actuación. ¿En qué teatro trabajan ustedes? Les prometo ir a verles cualquier noche.

—Señorita Montfort, por favor… ¿qué está diciendo?

—Está bien claro. Ustedes son actores, y alguien les ha contratado para hacerme una divertida broma. Ya terminó, y ha tenido notable éxito. La persona que les contrató… ¡Frankie! ¡Ha tenido que ser él, estoy segura! ¡Oh, el muy loco…!

Se echó a reír. Los cuatro caballeros se miraron, en verdad desconcertados.

—Perdone… —murmuró Isaac—. ¿Quién es ese Frankie?

—Frank Minello. Teníamos que salir a cenar juntos esta noche, después de asistir a un par de combates de boxeo… ¿Cuánto les ha pagado?

—¡Señorita Montfort! —exclamó Martin, enrojeciendo tan intensamente como sus compañeros.

Brigitte estaba a punto de hacer otro comentario, cuando oyó la llamada a la puerta del apartamento superlujoso de aquel formidable «Crystal Building», en plena Quinta Avenida. Sonriendo, miró hacia una de las puertas que daban al salón, adornada con cortinas.

—Ve a abrir, Peggy.

La doncella salió, con la mano derecha tendida hacia delante, con la palma hacia arriba, portando una pequeña ampolla de cristal.

—¿Qué… qué hago con esto? —tartamudeó.

—Dámelo… Y ve a abrir. Debe ser Frankie, que viene a ver el resultado de su divertida broma… ¡No me mires así, tonta, que es una broma! ¿No puedes comprenderlo?

Tomó cuidadosamente la ampolla de gas de la mano de Peggy, y la guardó en un cajón de la hermosa biblioteca. Los cuatro emisarios de Atlantic Kingdom la miraban fijamente, erguidos, sumidos en un silencio casi hosco, ofendido.

—¿Quieren tomar algo, señores? —sonrió Brigitte—. Se lo han ganado magníficamente.

Ninguno contestó. Fuera del salón se oían unas fuertes pisadas, y segundos después, el gigantesco y atlético Frank Minello, jefe de la Sección deportiva del «Morning News», aparecía en el salón, lanzado como un bisonte en plena estampida.

—¡Pero bueno…! —exclamó—. ¿Todavía no estás vestida? La hora del combate… ¿Quiénes son estos tipos? Parecen pingüinos gigantes.

Los cuatro representantes de Atlantic Kingdom volvieron a enrojecer, bajo la divertida mirada de Minello, que movió los brazos como si fuesen cortas alas y caminó sobre los talones, imitando magníficamente el ridículo caminar de los pingüinos, emitiendo graznidos…

—No debes ser tan grosero, Frankie. Al fin y al cabo, han hecho muy bien su trabajo.

—Ah… ¿Qué trabajo?

—Venir en representación de Atlantic Kingdom para nombrarme su reina. La coronación será dentro de una semana.

Minello quedó con la boca más abierta que la de una ballena, antes de poder exclamar, tirándose en un sillón:

—¡Atiza! ¡Cáscaras y recáscaras de cocos de la Habana…! ¡Ya sabía yo que esto tendría que ocurrir tarde o temprano!

—Pues ya ha ocurrido. Ahora, págales para que puedan ir a trabajar a su teatro y nosotros a ver el boxeo y luego a cenar. Mientras tanto, iré a vestirme… Adiós, señores. Ha sido divertido conocerles.

Se dirigió hacia la puerta que la llevaría a su dormitorio, pero Minello saltó del sillón como un canguro.

—¡Un momento! —gritó—. ¿De qué cáscaras me estás hablando, Brigitte?

Se quedó con las manos en la cintura, abierta la boca, fruncido el ceño. Brigitte lo estuvo mirando tres o cuatro segundos, antes de fruncir a su vez el ceño. Miró a los cuatro hombres, y frunció aún más el ceño. Estaba ya completamente segura de que aquello no era obra del alocado, divertido y simpático Frankie.

—Bien… Temo que estoy… confundida, señores… ¿Quién los ha enviado, entonces?

Martin abrió de nuevo su portafolios y sacó cuatro libretas de tapas verde claro. Se adelantó y las entregó a Brigitte, que las tomó indecisa.

—Son nuestros pasaportes diplomáticos. Como usted sabe, nuestro país no sostiene relaciones diplomáticas con nadie, prácticamente. Puesto que somos vecinos de USA, nos gustaría tener

esa clase de relaciones con este país, cuando menos. Pero no es así. De todos modos, no hemos tenido dificultades en ser admitidos como turistas. Puede usted comprobar la autenticidad de los visados, y asegurarse por el medio conveniente de que nuestros pasaportes son genuinos de Atlantic Kingdom.

Tras un parpadeo, la espía examinó los pasaportes. Era muy poco probable que a ella la engañasen en aquellas cuestiones. Sabía distinguir un pasaporte falso desde Nueva York a Río de Janeiro, por ejemplo. Y, aparte, estaba el hecho de que para una tonta broma nadie se molestaría en falsificar cuatro pasaportes con aquella perfección… Que no era perfección tan sólo, sino completa autenticidad.

Cuando alzó la vista, Martin le tendía unos periódicos y varias fotografías. Las fotografías eran de ella, tomadas de algunas que en ocasiones aparecían en el Morning News. Y en los periódicos, todos de Atlantic Kingdom, aparecían también fotografías suyas, a toda primera plana, aclarando que aquélla sería la próxima reina del país… En las páginas interiores abundaban los artículos relacionados con el acontecimiento, así como votaciones emitidas por el pueblo, y en las que claramente se veía que la señorita Brigitte Montfort Bierrenbach había sido acogida con simpatía, alegría y cariño. En varios periódicos, algunos columnistas dedicaban una página entera a elogiar sus hermosos ojos azules, que aparecían fotografiados, es decir, reproducidos de diversas fotografías… La llamaban la «Blueyes Queen», es decir, la «Reina de los Ojos Azules».

—Pero esto… es inaudito…

—Y cierto, señorita Montfort.

—Debo estar soñando… Les ruego que me disculpen por mi actitud humorística, pero…

—La comprendemos. No es corriente que se busque una reina fuera del propio país.

—Señor Martin, esto no tiene sentido…

—Para nosotros, sí. Quizá se extrañe usted de que no haya sido requerida por cientos de periodistas, pero todo esto ha sido hecho en secreto en nuestro país. Se ha vigilado cuidadosamente que ninguna información saliese de allí, por ningún medio. Hasta esta mañana, en que nosotros hemos abandonado Queen City No creo

que la prensa del mundo entero tarde mucho en enviar cientos de periodistas a entrevistarla a usted.

—Aclárame esto —gruñó Minello—: ¿qué es lo que estáis hablando, en definitiva?

—Estos caballeros quieren que yo sea reina de su país, Frank. Ya te lo he dicho… Y parece que va en serio. ¡Oh, no es posible claro! Si no has sido tú el bromista…, habrá sido otro.

—No hay broma, señorita Montfort.

—Pero, señor Martin, comprenda usted que esto…

—Todos nos hacemos cargo de su sorpresa, de su actitud… Es natural. Pero es absolutamente cierto que Atlantic Kingdom la necesita.

—Señor Martin, yo… jamás he pensado en renunciar a mi ciudadanía norteamericana. Ni siquiera a cambio de un trono.

—No perderá su nacionalidad norteamericana. Pero será la primera ciudadana de Atlantic Kingdom.

—Pero… No, no… Esto tiene que ser algún juego que no comprendo… Además, no dudo que habrá en su país alguna mujer que merezca esto, señor Martin.

—Pensamos en algunas candidatas de mucha importancia, pero sus… cualidades no nos satisficieran. Luego, pensamos en lo del cerebro electrónico, lo alimentamos con los datos de la veinticinco mil candidatas elegidas, y lo programamos de acuerdo a las exigencias que nosotros teníamos sobre nuestra futura reina. El cerebro electrónico nos suministró una indicación: Expediente USA-mil siete. El de usted.

—Lo sabía —masculló Minello—. ¡Sabía que esto tenía que ocurrir algún día! Pero esperaba que te nombrasen emperatriz. ¡Pero ustedes no se llevarán a Brigitte de aquí, majaderos! ¡Se creen…!

—Sírveme un *whisky*, Frankie, por favor —pidió Brigitte—, y ten la boca cerrada, te lo suplico.

—Si estos pingüinos pretenden llevarte lejos de aquí, tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—No he dicho que acepte —sonrió Baby, todavía incrédula—. Sigo pensando que es alguna clase de broma…

Martin movía negativamente la cabeza, sonriendo. Minello sirvió el *whisky* a Brigitte, y se lo llevó. Ella bebió un sorbito, pensativa,

hojeando los periódicos. De pronto, volvió a mirar a Martin.

—¿Quién es la reina actual…?

—Falleció hace tres años, señorita Montfort. Todo ese tiempo lo hemos pasado sin reina, arreglándonos buenamente como podíamos para los asuntos oficiales, representativos… Existe una cámara de representantes del país, compuesta por veinte miembros. Y gobernando directamente, el llamado Consejo de los Cuatro.

—Consejo de los Cuatro… ¿Son ustedes?

—Así es. Los más altos dignatarios de Atlantic Kingdom, naturalmente.

Brigitte se pasó una mano por la frente.

—Miren, vamos a dar por sentado que yo creo en sus palabras, en su proposición, en lo que dicen estos periódicos… Pero no puedo aceptar. Lo lamento.

—Le suplicamos…

—Lo lamento sinceramente. Sin embargo, si puedo ayudarles de cualquier otro modo a resolver cualquier apuro que…

—¿Una guerra, por ejemplo? —sonrió tristemente Martin.

—¿Cómo dice?

—Una guerra, señorita Montfort. Nuestro pueblo quiere una reina. En el supuesto de que usted, más adelante, decidiera contraer matrimonio, no habría impedimentos para ello; pero el rey nunca sería pieza importante en nuestro país, que debería llamarse, en realidad, Queendom, no Kingdom. La reina nos representa en todo. Desde hace más de tres siglos, siempre ha habido una hermosa reina en el trono de Atlantic Kingdom. El hombre que se casa con una reina es rey consorte, naturalmente, pero no tiene poder de ninguna clase, a excepción, por supuesto, del que le confiere su propia ciudadanía y derechos comunes.

—¿Por qué habrá una guerra si no hay reina en su país?

—Las cosas… no van muy bien, esa es la verdad. Políticamente, económicamente, socialmente… los desastres se van sucediendo en Atlantic Kingdom. Y el pueblo está convencido de que todo ello está ocurriendo desde hace tres años cuando falleció la anterior reina. Lo achacan todo a que no hay una reina en el trono, están convencidos de que las cosas mejorarán cuando esto suceda. Mientras tanto, consideran que la Cámara y el Consejo de los Cuatro, respaldados por el Ejército, somos causantes de todo, y creen…, creen que

estamos expoliando el país en nuestro exclusivo beneficio. Me refiero al de los representantes de la Cámara, a los Cuatro, y a algunos generales de prestigio…

—¿Y no es cierto, señor? —sonrió Baby—. ¿No están abusando ustedes de su privilegiada situación, y explotando a cuatro millones de personas?

—No. No es cierto. Pero el pueblo lo cree, y si no tienen pronto una reina a quien admirar, querer, adorar y en quien confiar, mucho nos tememos que habrá una sangrienta revolución. Mire señorita Montfort, nosotros podríamos haber nombrado reina a cualquiera de la mujeres con cierto derecho al trono que viven en el Palacio Real, pero no lo hemos hecho precisamente por honradez. ¿Qué nos costaba colocar a cualquier mujer en el trono y cerrar la boca al pueblo? Sin embargo, hemos hecho todo lo contrario. Nos hemos interesado seriamente en el asunto. Recogimos datos de veinticinco mil personas, algunas de ellas, como usted misma, sugerida por el propio pueblo. Esto no es cosa de días, señorita Montfort, sino que viene incubándose hace meses… No hay nada improvisado en esto. Finalmente, alquilamos a la IBM un cerebro electrónico, que fue desembarcado en el puerto de Queen City, nuestra capital, ante miles de ciudadanos. Todos ellos saben lo que hemos exigido al cerebro sobre nuestra reina, están al corriente de todo… Nos hemos molestado durante seis meses, hemos trabajado hasta el agotamiento, se han gastado unos millones de dólares que mejor habrían sido invertidos en otras cosas, si nuestros propósitos no fuesen honrados… Pero así están las cosas, y cuatro millones de personas esperan a su reina… o la revolución.

—¿Cuándo saldríamos de aquí?

—Mañana. Bueno, mañana saldríamos de Estados Unidos, pero esta misma noche saldríamos en avión hacia Miami, para evitar la avalancha de periodistas que no tardarán en buscarla a usted. De Miami saldríamos a las nueve de la mañana, también en avión, y llegaríamos al Aeropuerto Internacional de Queen City hacías las once. Durante esta noche y las dos horas de vuelo de mañana, nosotros la pondríamos a usted al corriente de lo más elemental que usted precisa para entrar en Atlantic Kingdom. Luego, poco a poco, usted irá aprendiendo todo sobre la patria. Pero la coronación es urgente, si queremos evitar miles de muertes.

Con estas últimas palabras, Martin no supo que había dado de lleno en el blanco, clavando el dardo en la más fina sensibilidad de la agente Baby.

—Acepto, señor Martin.

Los cuatro contuvieron a duras penas una exclamación, brillantes sus ojos de alegría, aliviados, satisfechos. Pero, por unos segundos, Minello vertió sobre ellos una ducha fría:

—Yo también acepto —dijo.

—¿Qué… qué dice usted, señor…?

—Digo que yo también voy allá, muchachos. A lo mejor, con un poco de suerte, me convierto en rey consorte. ¡Menuda vida…! Brigitte mi esposa, y sin otra cosa que hacer que tenerla… contenta. ¡Que me voy a Atlantic Kingdom, demonios!

—Bueno… Realmente, señor, no creemos que su presencia…

—¿Qué inconvenientes hay? —sonrió Brigitte.

—Solamente los que indique su majestad —se inclinó cumplidamente Martin, siendo rápidamente imitado por los otros tres.

—Pues no indico ninguno —sonrió la divina espía—. Frankie es un buen amigo, y me tranquilizará temerlo a mi lado durante los primeros días. Además, me gustaría que asistiera a mi coronación.

—Como ordene su majestad.

—¡Toma! —exclamó Minello—. ¡Me gustaría encontrar al guapo capaz de impedirme este viaje! ¿Algún valiente que levante la mano, para que me sirva de cena?

—Si su majestad me lo permite —musitó Martin—, deberíamos partir inmediatamente.

—Pero mi equipaje…

—Su majestad dispone ya de un completo vestuario en el Palacio Real. Podemos salir inmediatamente, cenar en el avión y pasar la noche en Miami, para llegar a Atlantic Kingdom cerca del mediodía de mañana, a fin de que el pueblo pueda verla a su satisfacción. Su majestad sólo tiene que vestirse… y partir.

—Bien… Me llevaré también a «Cicero» y a Peggy, señor Martin. ¿Hay inconvenientes?

—En absoluto, majestad.

—¡Esto se presenta bomba! —aulló Minello—. ¡Nada menos que voy a ser el favorito de una reina! ¡Madre mía, qué vida me

espera…! ¡Viva la reina!

«Cicero» miraba alegremente a su ama. Peggy parecía a punto de desmayarse, y los cinco hombres estaban muy satisfechos, en especial Frank Minello, que, en el fondo, todavía consideraba aquello como una divertidísima y original broma. Un bromazo completo.

Baby sonrió dulcemente y miró uno a uno a los componentes del Consejo de los Cuatro.

—Espero, señores —dijo con voz sorprendentemente fría—, que me hayan contado solamente la verdad, porque de lo contrario… —su sonrisa pareció congelarse—. De lo contrario, me sentiría terriblemente disgustada.

Capítulo II

Abajo, el mar se veía en un hermoso, brillante tono verde y azul, con algunas crestas blancas. Y en el ancho mar, grandes manchas de tono marrón, repletas de verdor. Se veían las playas, con palmeras que parecían llegar hasta la misma orilla del mar, y grandes manchas de flores rojas, y amarillas, y azules… Entre todo ello, pequeños puntos blancos de otras tantas pequeñas poblaciones, casi todas en las amables costas de las dieciséis islas de que constaba el Atlantic Kingdom. Era como un paisaje bucólico, casi un sueño dulce y romántico. El avión especial pasaba por encima de las islas, que parecían deliciosos dibujos de Walt Disney…

—Todavía creo que estoy soñando —murmuró Frank Minello—. No puede ser de otra forma, Brigitte.

—También yo pienso así, Frankie, querido —sonrió la espía internacional—. Sin embargo, es evidente que no es ninguna broma. Estamos llegando a la isla más grande, a la capital de Atlantic Kingdom. Me pregunto qué ocurrirá al llegar allí.

—No puedo imaginarlo… Todo esto es absurdo. Y ahora estoy hablando en serio.

—Lo sé.

—¿Qué piensas hacer? Bueno, no interpretes mal mis palabras, Brigitte. Te sobran méritos para ser reina de cualquier país, pero… En fin, todo esto es poco menos que una locura. ¿Cómo se te ocurrió aceptar? Todo eso del cerebro electrónico, el pueblo que espera a su reina… ¡Es increíble!

—Mis ambiciones personales, Frankie, no son ésas, y creo que tú lo sabes muy bien. No tengo el menor interés por ser reina. En realidad, siempre he creído que cualquier persona puede ser rey o reina, si sabe dominarse a sí mismo. En este sentido, yo siempre he sido reina… Pero quizá sea interesante ser reina de un país.

—Te conozco bien —musitó Minello—, de modo que no

necesitas ofrecerme explicaciones sobre tu decisión. ¿Qué es lo que no te ha gustado de todo esto?

—No te entiendo…

—¡Me entiendes muy bien! Eres una chica hermosa, pero, al mismo tiempo, demasiado inteligente para caer en esta… trampa, por llamarla de alguna manera. Eres millonaria, tienes el mundo a tus pies. No creo que ceñir una corona te alegre la vida. Al contrario, estoy convencido de que te la complicará. Además, y por encima de todo, eres la agente Baby. He corrido algunas aventuras contigo, y sé que eres persona capaz de reservar para ti misma los triunfos, la felicidad… No necesitas propaganda, publicidad… Mi pregunta es en serio, Brigitte: ¿por qué has aceptado este absurdo asunto?

—Te lo diré, Frankie… Hay cuatro millones de personas en esas islas. Piénsalo bien: cuatro millones de personas, actualmente pacíficas, pero que pueden convertirse en fieras si no tienen una reina en quien confiar.

—Es absurdo —insistió Minello.

—Por supuesto que es absurdo. Sé muy bien que en todo esto hay algo que no se nos ha explicado. Hay trampa, o truco… No sé en qué puede consistir, pero sí sé que cuatro millones de personas pueden empezar a matarse de un momento a otro. Y eso es lo que yo quiero impedir.

—Como siempre —murmuró Minello.

—Tú lo has dicho —musitó la divina—: como siempre.

—Pero te están engañando.

—Puede que sí… Puede que no… Hay una corona ahí abajo, en una de esas islas, esperando a una mujer que sea capaz de impedir una revolución con miles de muertos. Eso es lo único que me importa.

—¿Qué opinas de esos cuatro pingüinos?

—No sé… Parecen sinceros y honrados. Pero eso no significa nada para mí. Oh, Frankie, no hablemos más de esto. Yo no vivo engañada, querido. Alguien está tramando algo muy importante, eso no admite dudas. Y para conseguir sus planes, precisa una reina en Atlantic Kingdom. Pues bien: aquí llega la reina. Una reina muy especial, que sonreirá a su pueblo, lo complacerá, corresponderá a su afecto… Pero si algo no va bien, y eso es precisamente lo que

temo, esa reina comenzará a cortar cabezas. ¿Estás satisfecho?

—No lo sé. De todos modos, eso es, simplemente, lo que yo estaba temiendo. Espero que cuentes conmigo.

—¿Cómo no, querido Frankie? Como reina, quizá no necesite ayuda de ninguna clase. Pero como la agente Baby, siempre tengo en cuenta a personas que merecen toda mi confianza y afecto. Ahora, como dicen los espías, tenemos que limitamos a una actitud fija, astuta y solapada: ver, oír… y esperar. Atención, Martin viene hacia aquí…

En efecto, Martin llegó junto a ellos, desplazándose lentamente por el pasillo del avión especial.

—Majestad —dijo—: estamos llegando a la isla madre. Dentro de cinco minutos tomaremos tierra en el Aeropuerto Internacional de Queen City.

—¿Es necesario que me llame majestad? —preguntó Baby.

—Absolutamente necesario, majestad. Para todo el pueblo de Atlantic Kingdom, su majestad es ya la reina. Y espero que el recibimiento así lo demuestre… Suplico a su majestad que se coloque el cinturón de seguridad.

—Inmediatamente. Muchas gracias, Martin.

—Siempre al servicio de su majestad.

Su majestad Baby se abrochó el cinturón, siendo imitada por Frank Minello, que ocupaba el asiento contiguo, a pesar de las insinuaciones que sobre el protocolo habían hecho los del Consejo de los Cuatro. También Martin ocupó de nuevo su asiento, abrochándose el cinturón.

El gran avión, pintado de blanco y azul, planeaba ya sobre las pistas del Aeropuerto Internacional. Alrededor todo era verde, hermoso, lleno de un colorido tan bello que sobrecogía el ánimo de la espía más audaz del mundo. El aeropuerto tenía solamente tres pistas, que parecían en buen estado. En dos de ellas, y en el gran *parking*, así como en las terrazas de espera, brillaba el multicolor colorido de la muchedumbre. Todavía lejanos, pequeños, se veían miles de ciudadanos de Atlantic Kingdom, todos ellos con pequeñas banderas en las manos, agitándolas, lanzándolas al viento marino del mediodía, bajo un sol lleno de oro líquido, sobre un mar azul, como los ojos de la nueva reina…

—Hay… hay ahí más de trescientas mil personas, Brigitte.

—¿Qué menos se puede hacer, para recibir a una reina?

El atlético periodista miró de reojo a su compañera en el Morning News. Y esta sola mirada le tranquilizó. En realidad, no era necesaria, puesto que desde siempre sabía que el cerebro de Brigitte Montfort era incluso superior a cualquiera de aquellos sorprendentes ingenios electrónicos. Un cerebro electrónico es frío, metódico, inflexible. Dos y dos, cuatro. Pero, una vez más, Frank Minello comprendió que el cerebro de aquella muchachita tenía sus propias ideas incluso sobre las matemáticas. Si a Baby le convenía, dos y dos no serían cuatro, sino seis, ocho o ciento veinte mil quinientos catorce… Todo dependía de lo que a ella le interesara en beneficio de los seres humanos.

Mientras el aparato iba descendiendo, brillante como un gran pájaro impresionante, Frank Minello cerró los ojos. ¿Por qué preocuparse? Brigitte era y seria siempre la misma. Bajo aquella indulgente sonrisa llena de dulzura hacia un pueblo que la esperaba, estaba en pleno funcionamiento el cerebro implacable, lúcido, voraz, poderosísimo… El cerebro de la agente Baby, que con el pretexto de trabajar para la CIA intentaba por todos los medios arreglar aunque sólo fuese una pequeña parte de este desquiciado mundo.

Cuatro millones de personas esperaban a la reina… Pero nadie sabía que, además de una reina, llegaba la más astuta, fría, desconfiada, desengañada espía del mundo entero.

Si había algo sucio en aquel divertido juego, no sería Baby Montfort quien iba a llevar la peor parte.

Y así, con estos pensamientos en su simpática cabezota, Frank Minello se dio cuenta, al fin, de que el aparato había tomado tierra. Desabrochó su cinturón, y se puso en pie de un salto. A su lado, Brigitte sonrió, ya libre de su cinturón, y salió al pasillo. Los motores habían dejado de funcionar, y a través del grueso fuselaje metálico llegaba el griterío de la multitud. Trescientas mil personas, quizá más, ocupando todos los terrenos del aeropuerto, lanzaban al aire su bienvenida, agitando las banderas de Atlantic Kingdom, con una franja roja, una franja azul, una franja blanca y dieciséis estrellas, representativas unas de otras tantas islas que componían el reino.

Mirando por la ventanilla, Minello se atragantó. Había gentes de

todas las edades, de todos los tamaños, de todos los tipos… Blancos y negros. Y mulatos, y cuarterones… Caras blancas, negras, amarillentas por el cruce de razas. Narices afiladas, narices anchas, bocas finas, bocas gruesas, ojos claros, ojos oscuros, trajes severos, camisas de alegres colores… Todo ello, bajo trescientas mil banderitas de aquel país insignificante, subdesarrollado, que esperaba a la reina en la cual confiaban para su prosperidad y paz.

Una ligera brisa agitaba las palmeras y los bonitos parterres floridos con flores de todos los colores. La misma brisa que hacia ondear las trescientas mil banderitas… Cuando la puerta del avión se abrió, el griterío fue como un doloroso impacto acústico para los oídos de Frank Minello, que se apresuró a colocarse detrás de la futura reina de Atlantic Kingdom.

Y en la escalerilla del avión, su majestad Baby aparecía, sonriendo, alzando delicadamente su manita derecha, maravillosa con su ligero vestido de tono azul pálido, serio y alegre a la vez, elegante y sencillo. Una dulce muchacha llegaba a Atlantic Kingdom.

Cientos de máquinas lanzaron el destello de sus *flashes*. En una tribuna, tres cámaras de televisión recogían la llegada de la mujer que iba a gobernar un reino. Abajo, al pie de la escalerilla del avión, siete micrófonos, de otras tantas emisoras nacionales, esperaban las primeras palabras que la futura reina dirigiría a todo el país, distribuido en dieciséis hermosas islas llenas de palmeras, de sol, bajo el inmenso cielo azul.

La futura reina fue la primera en descender por la escalerilla. A su alrededor, los fotógrafos continuaban tomando fotografías, sin descanso. Los reporteros radiofónicos esperaban impacientes el permiso para acercarse, hacer preguntas…

Y el principio fue, momentáneamente, decepcionante para todos. La futura reina rehuyó a los fotógrafos, a enviados de las emisoras de radio… En menos de un minuto, siguiendo sus indicaciones, la escalerilla fue separada del avión, hasta quedar en un lugar donde podía ser vista por todos. Entonces, la reina subió a lo alto de la escalerilla rodante, e hizo señas a los hombres de la radio. Unas señas inconfundibles, llamándolos junto a ella. Otro minuto más tarde, mientras las cámaras con teleobjetivo de la televisión conseguían primerísimos planos, Brigitte Montfort Bierrenbach

tenía junto a ella, en la pequeña plataforma, a los reporteros radiofónicos, con sus correspondientes micrófonos, así como los tres de las emisoras de televisión nacional.

Cuando alzó la mano derecha, el silencio fue brusco, completo. Segundos después, como una brisa más entre aquellas trescientas mil banderas ondeantes que se perdían en la distancia, flotó la voz de la futura reina:

—Vuestro recibimiento me agrada y me honra —dijo—. Esta noche, a las ocho, quiero que todos, mis cuatro millones de súbitos, estéis pendientes de la televisión, para verme y escucharme. Yo no soy un cerebro electrónico, pero puedo garantizaros ahora mismo tres cosas para nuestra patria: paz, seguridad y prosperidad. Esto es todo cuanto necesita cualquier país. Solamente esto… Y ahora, volved a vuestros hogares, para recibirme allí a las ocho. Os hablaré más extensamente, y sí me aceptáis definitivamente, recordad que vuestra reina es también vuestra servidora, en todo momento. Hasta siempre, isleños.

Hubo unos segundos de silencio atónito. Trescientas mil personas en el aeropuerto, y el resto hasta cuatro millones en sus hogares en las restantes quince islas, habían esperado mucho más; muchas palabras, sonrisas, promesas abundantes, halagos… Un grupo de negros que habían conseguido romper el cordón de la Guardia Nacional, fueron los primeros en comenzar a aplaudir rabiosamente. Al instante, como un estallido de cientos de cañones, seiscientas mil manos comenzaron a lanzar al aire sus palmadas. La voz, gracias a los micrófonos, había llegado a todos los extremos de la multitud. Ni un solo ciudadano quedó sin saber qué había dicho la futura reina. Poco. Muy poco. Pero quizá, si ese poco se cumplía, cuatro millones de personas no necesitasen nada más.

Dos compañías de la Guardia Real formaban un amplio pasillo hacia los edificios del aeropuerto, presentando armas. Los guardias estaban impecables con sus bonitos uniformes azul y blanco, y su airosa gorra de plato. Las armas centellaban bajo el sol. Multitud de altos dignatarios, vestidos de acuerdo a la importancia de la recepción, esperaban al pie de la escalerilla móvil, con ramos de flores. Rápidamente, protocolariamente, con la indicación de que más adelante podría conocerlos a todos mejor, los dignatarios fueron presentados a la reina, que fue estrechando manos,

sonriendo, lanzando una sola y breve mirada a cada par de ojos, como si no precisase más para conocer bien a cada hombre que le era presentado. En una de las terrazas del aeropuerto, la Banda Nacional interpretaba el himno real: «Atlantic Kingdom for Queen to The Atlantic»… Una escuadrilla de siete reactores de caza pasó por encima, muy altos, formando una V, dejando tras ellos los dobles chorros de blanco humo espeso.

Siempre entre dos filas de guardias reales, la comitiva, cada vez más numerosa, llegó al gran *parking*, donde se veían no menos de treinta automóviles negros, enormes, rutilantes, cada uno de ellos con el chófer al lado, impecable.

Martin señaló hacia uno de ellos, completamente cerrado, y Brigitte comprendió en el acto que los cristales eran a prueba de balas. Frunció el ceño y señaló hacia otro de los coches, descubierto.

—Quiero ir en ése, señor Martin.

—Pero, majestad… Hemos de cruzar toda la ciudad, pues también allí quieren ver a su majestad… Nunca se sabe… Las cosas están un poco mal…

—Iré en el coche descubierto, señor Martin. Y ordene que la marcha sea lenta.

—Sí, majestad.

Hubo un pequeño revuelo, un desconcierto, cuando la reina efectuó el cambio de automóvil. Los fotógrafos habían seguido a la comitiva, y continuaban tomando fotografías sin descanso. Los de la radio también seguían a la comitiva, hablando sin cesar, explicando los menores detalles de los movimientos o actitudes de la reina. Su decisión de cambiar de coche fue conocida por todos los isleños a los cinco segundos de haber sido tomada. Cuando la caravana de coches se puso por fin en marcha, dos *jeeps* de la televisión, con sus cámaras, fueron detrás, siempre funcionando las cámaras y lanzando mensajes por radio de baterías a los operadores distribuidos a lo largo de las cuatro millas que separaban el aeropuerto de Queen City, advirtiendo al mismo tiempo a los que esperaban en distintos puntos de la capital. Todas las unidades móviles de la televisión isleña estaban en funcionamiento.

La autopista que unía la capital con el aeropuerto no estaba precisamente en buen estado, pero había a los lados cientos de

palmeras y arbustos silvestres de flores que llenaban de alegría la mañana de espléndido sol. A lo lejos, poco después, se divisaba Queen City, blanca y roja, con sus zonas verdes… Luego, el auto pasó al otro lado de la ligera loma sobre la cual se extendía la autopista, y la ciudad fue quedando al mismo nivel, de modo que se veía como un gran guijarro blanco, reluciente. A los lados, por delante del coche en el que viajaba la reina, cuarenta motoristas abrían camino en rutinaria escolta.

El paso de la comitiva por la ciudad fue apoteósico. Para entonces, los isleños que no habían podido conseguir un sitio aceptable en el aeropuerto, conocían ya las palabras que su reina había pronunciado al llegar, y no cabía duda de que estaban de acuerdo con ellas. Durante el recorrido por la autopista habían encontrado muchas personas, pero la mayoría que no había encontrado sitio conveniente en el aeropuerto, había preferido esperar su oportunidad en la ciudad. Las azoteas, balcones y terrazas de los edificios, ninguno de ellos más alto de cuatro pisos, estaban atestados de gente que agitaban sus banderas y también estaban llenas de entusiasmados ciudadanos las amplias avenidas por las que discurrió la comitiva, camino del Palacio Real, que se divisaba perfectamente en la colina que dominaba la ciudad.

Y, por fin, la comitiva llegó a los jardines de palacio, multicolores, alegres, llenos de palmeras y pinos, con un gran lago, flores, palomas… El palacio se veía, completamente blanco, por entre el variado colorido de los jardines. Cuando llegaron allí, había algunas personas esperando al pie de la blanca escalinata. Permanecieron inmóviles cuando el auto se detuvo, pero avanzaron, con evidente desgana, cuando la futura reina se apeó del coche descubierto.

Siempre con un solo vistazo, Brigitte clasificó a aquellas cuatro personas. Eran dos mujeres, una niña y un hombre. Las dos mujeres eran hermosas, y tan jóvenes como ella, quizá más. La niña debía tener diez o doce años, y era sorprendentemente rubia, con unos fantásticos ojos verdes; cuando creciese, sería una mujer espléndida, sin lugar a dudas. El hombre debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, y era alto, apuesto, impresionante con sus sienes de color plata y sus negros ojos inteligentes, que también parecieron catalogar de un solo vistazo a la nueva reina; y tras el vistazo, el

hombre pareció entre sorprendido y desconcertado…

—Majestad… —musitó Martin—. Ellas son las princesas Dalilah, Jezabel y Mary Lou. Él es Conrad, preceptor de la princesita Mary Lou.

Las tres princesas se habían inclinado, en un elegante saludo. El hombre llamado Conrad se limitó a inclinar un brevísimo instante la cabeza.

—¿Princesas? —musitó Brigitte—. ¿Cómo debo entender esto, señor Martin?

—Bueno… Pertenecen a la familia real, majestad.

La espía-reina quedó estupefacta un instante.

—Señor Martin: ¿está usted diciéndome que quedan miembros de la familia real de este país?

—Así es, majestad.

—No comprendo… Siendo así, deberían haber nombrado reina a cualquiera de las tres princesas, ¿no le parece?

—Mary Lou es demasiado pequeña, majestad. No podría reinar hasta dentro de ocho años, es decir, a los dieciocho. En cuanto a las princesas Dalilah y Jezabel, son ellas mismas las que se han negado a ocupar el trono cada vez que el Consejo de los Cuatro las ha requerido para la coronación oficial.

—¿Que se han negado a…? Esto es increíble… ¿Por qué?

—Quizá porque ellas mismas han comprendido que no es fácil ser reina, majestad.

—¡Esto es absurdo! Aunque una reina no se considere capacitada para gobernar un país, siempre tendrá el consejo de los hombres bien preparados que formen su gabinete político, tanto en lo interior como en lo exterior.

—No se puede obligar a nadie a aceptar una corona, majestad.

Brigitte parpadeó. Volvió a mirar a las tres princesas, y en los ojos de las dos mayores vio una firme determinación, sin duda referida a aquel asunto: no parecían dispuesta a ser reinas por ningún motivo. Ni siquiera era necesario hacerles la pregunta, lo comprendió muy bien.

—¿Tú tampoco querrías ser reina, Mary Lou?

—Yo sí… majestad.

—¿Crees que serias una buena reina?

—Ahora no. Pero sí lo sería cuando me coronasen. Tengo mucho

tiempo todavía para estudiar, para aprender muchas cosas.

—Sí… Tienes mucho tiempo, querida. Y es de esperar que el señor Conrad sea un buen maestro.

—Hago lo que puedo, majestad —dijo secamente el atractivo Conrad.

Estaba tan clara la animosidad de Conrad hacia la nueva reina, que holgaba cualquier comentario. Los Cuatro miraban con el ceño fruncido al preceptor, pero Brigitte se limitó a sonreír.

—Hacer lo que uno puede es fácil, señor Conrad, y no tiene mérito alguno. Lo realmente meritorio es esforzarse en hacer más de lo que uno puede.

Hubo una crispación de asombro en la boca de Conrad.

—Tendré siempre en cuenta las palabras de su majestad.

—Así ha de ser. Espero que nos veamos con frecuencia… Y ahora, quizá sea el momento de que todos almorcemos. Supongo que unas princesas y una reina tienen derecho a sentir apetito…

Se quedó mirando al gigantesco personaje que se había movido justo entonces, por detrás de la familia real. Encabezaba una larga fila de sirvientes, que esperaban el momento de ser presentados a la nueva reina de palacio. Era un hombre de casi seis pies y cuarto, ancho de hombros, con el cabello completamente blanco y muy rizado, como finos alambres. Un mulato, o quizá cuarterón, de envergadura impresionante. Debía tener no menos de sesenta años, pero esto sólo se podía adivinar viendo sus ojos y sus blancos cabellos. Por lo demás, parecía conservar un extraordinario vigor, propio de un hombre de cuarenta. Llevaba un impecable uniforme de librea roja y pantalones blancos, ceñidos a Las robustas piernas, firmes como troncos de roble. Su negra mirada era terriblemente fija e inexpresiva.

Martin se dio cuenta del interés que el personaje despertaba en Brigitte, y carraspeó.

—Es el chambelán mayor, majestad; jefe de los servicios de palacio. Está esperando ser presentado, para, a su vez, presentar a toda la servidumbre. Pero si su majestad prefiere aplazar la presentación…

—No… ¿Por qué motivo? —murmuró Brigitte—. Conoceré ahora a los servidores de palacio, señor Martin. Y por la tarde, a los representantes de la Cámara y a los militares. A las cinco.

—Sí, majestad —se acercaron los dos a la fila de servidores encabezada por el gigantesco mulato—. Él es Jonás, majestad.

El asombroso Jonás se inclinó lo justo.

—Al servicio de su majestad.

Luego, fue presentando a los demás. Eran doce mujeres y catorce hombres, y cada nombre que Jonás pronunciaba iba quedando grabado en la infalible memoria de una mujer que la utilizaba casi a diario para conservar su vida. No se le olvidaría ningún nombre, ni ninguna cara. Por eso, sonrió cuando, ya todos presentados, Jonás sugirió:

—Si su majestad lo desea, le haré una lista de cada criado y su cometido, para evitarle confusiones.

—Es usted muy amable, Jonás. Pero la lista no es necesaria. Y ahora, por favor, dé las órdenes oportunas para el almuerzo de las princesas y mío. Mientras tanto, iré a mis habitaciones a cambiarme… El señor Martin será quien me acompañe.

Hubo un parpadeo de sorpresa en los negros ojos de Jonás.

—Lo que ordene su majestad.

Brigitte volvió a sonreír, alzando una manita hacia todos cuantos la habían acompañado hasta el palacio. Luego, inició el ascenso de la escalinata, seguida de Martin. Cuando llegó arriba, los dos guardias reales retiraron sus largas picas, quedando rígidamente firmes. Por fin, entraron en palacio, mirando Brigitte a todos lados, como maravillada ante aquellos blancos mármoles, las enormes arañas de cristal que pendían del techo, los relucientes suelos, los cristales de colores de las altas ventanas, las galerías, la balaustrada gigante que ascendía al segundo piso… Hacia allí señaló Martin, y los dos subieron por los blancos peldaños, rodeados de un silencio impresionante…

—¿Quién es exactamente el hombre llamado Conrad, señor Martin?

—El preceptor de la princesita Mary Lou. Pero antes fue un político importante en el país. Un gran amigo del último rey… hasta que éste falleció. Se llamaba Jebediah.

—¿Cuánto hace que murió?

—Siete años.

—¿Y no fue posible mantener a Conrad en un puesto político? Si realmente era un buen político, no veo por qué ahora está dedicado

a la enseñanza de una niña.

—Así lo quiso él, majestad. Desde que nació la princesita Mary Lou, Conrad demostró un gran inclinación hacia ella. Y la niña hacia él. Es una… adoración mutua, desde el principio.

—Entiendo. ¿Y los padres de Mary Lou?

—Su padre falleció cuando la niña tenía dos años, en un accidente de automóvil. Por entonces, la madre de Mary Lou no era todavía reina; fue coronada casi dos años más tarde.

—¿Qué pasó con ella?

—Falleció también, majestad.

—¿De qué?

—De un ataque al corazón.

—Oh… Es lamentable… Debía ser muy joven.

—Veintiséis años tenía entonces… Las habitaciones de su majestad. Ocupan todo el ala de Oriente —Martin abrió la gran puerta de hoja doble, negra, lustrosa, vieja—. Todas las dependencias del ala Oriente comunican entre sí, a gusto de su majestad. Jonás, o la servidumbre que su majestad designe al efecto, la pondrán al corriente de las peculiaridades de cada aposento. Pero si su majestad desea que sea yo quien…

—No, señor Martin, no… Muchas gracias. Si no recuerdo mal, dispongo de un vestuario completo… y a mi medida.

—En efecto, majestad. Los roperos reales…

—Los encontraré. Esto es todo por ahora, señor Martin —sonrió—. Hablaré con Jonás más tarde, para distribuir el servicio de acuerdo a mis necesidades. Pero, hasta entonces, me bastará con Peggy, mi doncella de siempre. ¿Tendrá la amabilidad de decirle que suba a ayudarme? Oh, que no olvide mi maletín, ella ya sabe cuál es. Respecto a mi amigo Frankie, ¿dónde se alojará?

—En las habitaciones del ala Occidente, majestad.

—Bueno… Afortunadamente, este palacio no es demasiado grande. Adiós, señor Martin. Hasta las cinco, no lo olvide. Y encárguese de que todo esté preparado para las ocho en los estudios de televisión.

—¡Cómo! —exclamó Martin—. ¿Su majestad piensa ir allí?

—Naturalmente. Ya sé que podría ordenar que la televisión viniera aquí, pero sería demasiada molestia para todos. Supongo que no habrá ningún inconveniente en preparar un estudio

debidamente para que la reina de Atlantic Kingdom pueda hablar por el Canal Nacional.

—Bueno… Claro, ningún inconveniente… Cumpliré las órdenes de su majestad.

Capítulo III

En pantalla, en magnífico primer plano, se veía el rostro más bello y dulce del mundo. Los sonrosados labios se movían, y cada palabra que de entre ellos salía era como un perfecto disparo en el centro de la diana. Con voz de seda, con sonrisa dulce, su majestad llevaba hablando durante catorce minutos, en un discurso que más parecía amena y amistosa charla con cuatro millones de personas. Un discurso que solamente los Cuatro sabían que no había sido preparado por escrito, que había precisado solamente unas cuantas preguntas a ellos para tomar cuerpo.

—… Y por último, quiero recordaros a todos que la grandeza de un país no se mide por la extensión de su territorio, ni por la cantidad de sus habitantes, ni por la raza de éstos. Tenedlo siempre bien presente. Nuestro país será siempre pequeño, pero puede mostrar mucha grandeza. Cualquier pequeño sacrificio es siempre bueno para conseguir esto. Yo no os pido sacrificios angustiosos… Solamente, un trabajo constante, realizado con el alegre pensamiento de que ese esfuerzo va destinado a la grandeza de la patria. Una grandeza que se mide por dentro, no por fuera. Una grandeza que quizá nadie vea… hasta que tengamos relaciones diplomáticas con todo el mundo y seamos admitidos en todos los organismos internacionales. Una grandeza que será, simplemente una indestructible solidez interior. No hay que olvidar nunca que los países que no tienen esa solidez interior son presa fácil para los poderosos, que con el pretexto de una ayuda económica, social, militar o política, van tejiendo sus redes invisibles y solapadas, hasta sojuzgar el país que no ha sabido valerse por sí mismo, ser interiormente sólido. Esto no ocurrirá con Atlantic Kingdom mientras mis cuatro millones de amigos trabajen tan duramente y tan alegremente como yo pienso hacerlo. He aquí mi último ejemplo, para no cansaros más: un castillo, jamás podrá ser

defendido por un hombre débil; pero una pequeña choza estará siempre a salvo bajo los fuertes brazos de un hombre que la ame. Vuestra reina es también vuestra servidora. Hasta siempre, isleños.

El rostro de la futura reina desapareció, siendo sustituido por el escudo nacional, y el himno comenzó a sonar en el saloncito de aquella villa cercana a la playa, en el suburbio elegante de la parte Oeste de Queen City.

Uno de los hombres que había en aquel saloncito se levantó del sillón, apagó el televisor y se volvió hacia el otro, que continuaba sentado en un sillón sonriendo irónicamente.

—¿De dónde sacaron a esa mujer? —musitó el primero.

—De un cerebro electrónico.

—Conozco la historia. Y me pregunto si es cierta.

—Por completo, camarada Kurvanian. ¿Algo no te gusta?

—No me gusta ella —señaló Kurvanian la pantalla—. Ni me han gustado sus palabras. Sobre todo, las últimas.

—Los isleños no son tan listos ni trabajadores como ella parece creer o esperar. No conseguirá nada.

—Pero sus palabras han sido demasiado poderosas. Ha tocado todos los temas nacionales en quince minutos… Y en ese tiempo, ha sacado al sol todas las llagas, y ha sugerido el modo de cerrarlas. Sobre todo, esas palabras finales… ¿Quizá ella sabe algo?

—¿Qué puede saber?

—No lo sé, Bolonov… No lo sé. Pero si no lo sabe, lo intuye. Esa mujer se está dando cuenta de que hay una jugada subterránea en todo esto.

—Oh, vamos —rió Ivan Bolonov—. Estás desorbitando el asunto, Kurvanian. Seguramente ese discurso lo han preparado los Cuatro.

—Pues no debieron redactarlo en ese sentido, con esas palabras tan agudas. Han sido como flechas certeras.

—¿Y qué querías que dijeran? ¿Que querían hundir su propio país? Yo creo que esas palabras le han sido puestas en la boca a la futura reina por los Cuatro. Es una vieja táctica. Si avisas a la caza de que vas a por ella, te será difícil conseguirla. Pero si la pieza está convencida de que vas a acariciarla, podrás atraparla con toda facilidad.

—¿Estás seguro de que los Cuatro no te están engañando?

—Completamente seguro. Tranquilízate, camarada Kurvanian.

Todo ha sido perfectamente planeado. La trampa se cerrará dentro de un par de semanas, como máximo. Además, está ese… maleficio extraño que todos los isleños conocen. Todo saldrá a nuestro gusto.

Kurvanian fue a la mesita, cogió uno de los periódicos y estuvo unos segundos contemplando aquel bello rostro femenino. Sus negros ojos quedaron fijos en los que se veían en el papel, grandes, sonrientes, bellísimos, expresivos.

—No me gusta esta mujer.

—Pues es muy hermosa —sonrió Bolonov.

Kurvanian recortó con los dedos la fotografía de la reina de Atlantic City, y se la guardó en un bolsillo.

—Regreso a Miami —murmuró—. Y voy a enviar esta fotografía a MVD por el sistema de prioridad.

—Pierdes el tiempo. En primer lugar, allá deben conocerla ya, pues nuestros compañeros no habrán permanecido inactivos. En segundo lugar, si esa mujer tuviera algo que temer de la MVD, no habría sido tan loca como para convertirse en la mujer más famosa del mundo en veinticuatro horas.

—Lo que dices es razonable —masculló Kurvanian, vacilante—. Pero ella sigue sin gustarme. Sí, es muy hermosa, lo sé… Pero en el fondo de esos ojos hay algo que jamás podrá gustarle a un agente de Planes Exteriores Soviéticos.

—Como quieras —pareció aburrirse Ivan Bolonov—. Yo sólo soy un diplomático secreto, de modo que me limitaré a mi parte del trabajo con este asunto. Por la tuya, camarada Kurvanian, puedes hacer lo que consideres más oportuno.

—Saldré inmediatamente para Miami. No hay que tomarse ninguna cosa a la ligera, camarada Bolonov.

—Parece que te lo estás tomando muy en serio —sonrió divertido el atlético Minello.

—Yo siempre me lo tomo todo en serio, querido —sonrió también la futura reina, acariciando las orejitas de «Cicero»—. ¿Qué te ha parecido el discurso?

Minello se dejó caer en uno de los grandes sillones del gabinete privado de la reina.

—Divertido. En cierto modo, no has prometido más que cualquier otro candidato a un trono o presidencia.

—Es cierto —admitió Brigitte—. De todos modos, supongo que

todo esto es una jugada de alguien.

—¿Qué clase de jugada?

—Aún no lo sé. Pero lo sabré cuando *ellos* lo consideren conveniente. Ni que decir tiene, yo aceptaré todo lo que me propongan. Esta es una oportunidad que sólo pasa una vez en la vida.

—No te comprendo —frunció el ceño Minello.

—Pues es bien fácil, querido Frankie… Ah, ya tenemos aquí a mi buena Peggy con el champaña casi helado… ¿Conseguiste guindas, Peggy?

—Sí, señori…, majestad.

Brigitte se echó a reír.

—¡No seas tonta, queridita! —exclamó—. Todavía no he sido coronada. De todos modos, en la intimidad, yo seré siempre como hasta ahora. Anda, sírvenos el champaña, criatura.

Minello esperó a que estuviesen servidas las dos copas de champaña. Con guinda, desde luego, pero desafortunadamente no había «Perignon 55» en todo el Palacio Real.

—¿De qué oportunidad hablabas antes, Brigitte?

—Bueno… No sé exactamente, esa es la verdad. Sin embargo, es fácil comprender que hay algo… sorprendente en todo esto, empezando por mi elección como reina. Es mi opinión que en determinado momento se me hará una propuesta.

—¿Qué clase de propuesta?

—Dinero, naturalmente, querido. No sé cómo ni cuándo, pero me ofrecerán dinero por hacer algo… Sea lo que sea, aceptaré, y me iré de aquí con las maletas llenas de dólares. Eso es en definitiva lo único que me importa, aunque ciertamente, seré razonable… ¿qué te parece la cantidad de cinco millones de dólares?

Minello estaba boquiabierto, rojo el rostro por la sorpresa… y la indignación.

—¿Estás diciéndome que vas a seguir el juego de quien sea, traicionando a este país que te ha acogido como si realmente fueses su reina?

—Por supuesto. Cinco millones de dólares es mucho dinero… incluso es posible que consiga más.

El rostro de Frank Minello no podía estar más rojo de ira, que incluso vencía a su desconcierto, a su incredulidad. Por un

momento, pareció a punto de tirar su copa a la cara de Brigitte, pero, justo entonces, ella alzaba de la mesita circular de caoba una lámpara de cristal pintado, y señalaba su base con un dedito, sonriendo irónicamente. La boca de Minello se abrió aún más, y su violento sonrojo se convirtió en palidez al ver el diminuto micrófono magnético encajado en la base de la bonita lámpara de mesa. Cuando volvió a mirar a Brigitte, captó la entornada mirada de ésta, destilando una astucia venenosa, como aquella que cierta vez le había valido el nombre de «víbora sin nido».

—¿Qué pasa Frankie? —rió ella—. ¿Acaso te sorprende mi actitud?

Frank Minello comprendió, al fin.

—No. No me sorprende. Es sólo que me parecía que todo eso iba en serio, querida.

—Oh, no seas tonto… ¡Claro que va en serio! Pero no para mí. En cuanto tenga mi dinero…, ¡a volar! Eso es todo.

—Eres muy astuta —musitó Minello, sobrecogido de admiración.

Y, en efecto, lo era. Mientras hablaba, Brigitte había ido paseando por la cámara privada, mostrando a Minello otros dos micrófonos, uno detrás de un tapiz y el otro pegado hábilmente en el marco de un cuadro. La que no salía de su asombro era Peggy, pero hacía ya tiempo que había aprendido a tener la boca cerrada mientras su señorita hablaba.

—No hace falta mucha astucia para sacar partido de una insólita situación —sonrió ella sentándose de nuevo—. En fin, así están las cosas. Sólo tenemos que esperar, supongo que no demasiado tiempo, y volveremos a Estados Unidos con todos los honores… y unos cuantos millones. Porque, eso sí, querido Frankie: no van a comprar a una reina por menos de cinco millones de dólares, puedes estar seguro.

—Es lo mínimo —rió Minello.

—Eso creo yo. Y ahora, si no te importa, quisiera descansar. Anoche no lo hicimos lo suficiente, y hoy ha sido un día muy duro. Yo no estoy acostumbrada a trabajar tanto.

—Buenas noches, majestad —se despidió Frankie.

—Buenas noches…, alteza —rió ella.

Minello salió riendo de los aposentos de la reina. Afuera, en el pasillo, uno de los guardias se cuadró cuando el periodista apareció,

todavía riendo.

Dentro, Brigitte abandonó el saloncito para dirigirse al dormitorio, seguida de Peggy, que todavía mantenía los ojos muy abiertos. Brigitte se detuvo, le cuchicheó unas palabras al oído, y la doncella asintió. Sí, ya había comprendido todo, desde luego. Brigitte le dió un cachetito, sonriendo, y caminó hacia el lecho, que se veía al fondo del espacioso dormitorio, bellamente iluminado por la gran lámpara de metal dorado que pendía del techo, lanzando miles de destellos sus lágrimas de puro cristal. El lecho estaba adornado con un magnífico dosel de finas columnas de ébano, y del cual pendían finas gasas azules y blancas, con adornos de armiño. El brillante suelo de madera estaba sin cubrir, pero a cada lado del lecho había una piel de puma, que servían de alfombras. El tocador era grandioso, recargado, también de ébano. Y el armario, enorme, ocupaba todo un paño de la pared, de no menos de ocho metros, con un solo hueco en el centro, donde había una puerta que comunicaba con otro dormitorio, donde Peggy pasaría la noche. A la derecha, las grandes puertas encristaladas que daban a la terraza sostenidas por blancas columnas. Unas ligeras, pero tupidas cortinas rojas estaban corridas, aislando el dormitorio real del exterior.

Pero no eran éstas las costumbres de la flamante reina, de modo que las descorrió y abrió el gran balcón lo suficiente para que el aire fuese fresco y puro durante la noche.

Hecho esto, la espía se volvió, contemplando el gran dormitorio desde otro ángulo, admirando sinceramente las butaquitas, el sofá forrado con tejido prieto de Damasco, el pequeño buró con adornos recamados en oro y flores blancas, rojas y azules…

—Puedes retirarte, Peggy. Las dos sabemos que yo puedo arreglármelas sola. Y llévate a «Cicero» al alojamiento que le has preparado.

—Sí, señ…, maj…, señorit…

—Señorita —convino amablemente Brigitte—. Ve a dormir. Tú también debes estar cansada.

—¿A qué hora la despierto, señorita?

—Una reina debe madrugar, supongo, para atender los asuntos de palacio. Me despertaré a las ocho.

Peggy no insistió. Y, ciertamente, esta vez no se sorprendió. Se había sorprendido al principio, años atrás, pero ya sabía muy bien

que Brigitte Montfort tenía dentro de la cabeza un despertador, o algo parecido.

Por fin, Brigitte quedó sola. Tardó tres minutos en encontrar otros dos micrófonos, y sonrió ante aquel derroche. Lo que la molestaba era que no podía definir su procedencia. Podían ser rusos, pero también norteamericanos. O quizá ingleses. Ingleses… ¿Por qué no?

Tiró la *déshabillé* a los pies del gran lecho, se puso uno de sus cortos pijamas y se acostó. Desde el lecho apagó la luz… Y quince segundos después dormía profundamente.

Despertó de pronto, en silencio, y se sentó rápidamente en la cama, sin haber alterado siquiera el ritmo de su respiración. Los azules ojos intentaron taladrar la oscuridad, en vano esfuerzo. Solamente, a su izquierda, se veía el resplandor de las estrellas, por las entreabiertas puertas del balcón y a través de los cristales. Afuera, se oía el chirriar de cientos de insectos, lejanos…

Y dentro, a su alrededor, algo que parecía papel… Sí, como papel fino que estuviese siendo estrujado entre unas manos. Unos crujidos suaves, sedosos, apagados… y continuos.

Sin mover el cuerpo, alargó el brazo hacia el conmutador de la luz. Quizá se había confiado demasiado. Debió dormir, al menos, con su pistolita, ya que no con todo el maletín con todo su arsenal de trucos de vida o muerte. Dio la luz, y al mismo tiempo que comprendía que la pistola no le habría servido de nada, palidecía intensamente, y su cuerpo vibraba en una fuerte sacudida de horror, de terror. Un fino sudor apareció de pronto en todo su cuerpo, como si bruscamente hubiese recibido el agua de una finísima ducha. Estaba paralizada de terror, con el pijama pegado a su carne, adherido fríamente, y casi lo sentía como una helada garra que le impidiera el menor movimiento.

Mientras tanto, la culebra que había subido al lecho reptaba hacia ella, desde los pies, por encima de la fina manta de algodón de color azul, destacando como una ondulada raya verde, fijos en ella los diminutos ojos fríos, acuosos. Sin fuerzas ni para tragar la saliva, Baby miró luego a su alrededor, hacia el suelo. Allí, rodeando el lecho real, había no menos de treinta culebras más, igual que la que se estaba irguiendo ante ella, siempre mirándola

fijamente, de aquel modo aterrador. Se movía blandamente adelante y atrás, alzando la cabeza, vigilante, taimada, astuta, precavida… Aquélla si era una auténtica víbora fuera de su nido. Dos más estaban intentando subir a la cama, enroscándose a una de las patas cuya continuación era una columna del dosel. Se oían crujir sus cuerpos en el deslizamiento, igual que papel de seda estrujado suavemente, lentamente…

El brazo que había echado hacia atrás para encender la luz cayó sin fuerzas sobre la almohada. La espía se sentía completamente agarrotada por el más abyecto miedo. Más que miedo, era terror, espanto sin límites, angustia de agonía…

Los finos deditos se crisparon en la tela de la almohada, asiéndola temblorosamente. Ahora, Baby ya no miraba las treinta culebras que rodeaban el lecho, ni las dos que estaban llegando a la cama, sino aquella solitaria, más grande, más audaz, que se balanceaba ante ella, casi hipnotizándola, casi matándola de terror. No se decidía a atacar, pero aquello no iba a durar indefinidamente. Las otras dos culebras alcanzarían pronto el lecho, y cuando la primera viese la compañía, el refuerzo, pasaría al ataque… Pasarían las tres al ataque.

Con la serenidad de la desesperación, Brigitte Montfort decidió actuar antes de que esto ocurriese. Su lúcido cerebro le decía que era la única oportunidad. Si no intentaba aquello, moriría irremisiblemente. Apretó más los dedos en la tela de la almohada, y de pronto, con velocísimo movimiento, la colocó ante su cuerpo. Un movimiento tan veloz que cuando la culebra solitaria atacó finalmente, sobresaltada por el brusco movimiento del ser humano, dio de cabeza contra la almohada interpuesta entre ella y la mujer. Y en el acto, la almohada cayó sobre ella, aplastándola contra la cama, inmovilizándola. Bajo sus manos, la espía notaba el agitado movimiento de la culebra, mientras miraba con terror a su alrededor. Podía gritar, si es que encontraba fuerzas para ello pero esto no solucionaría nada. Entraría la guardia en sus aposentos, pero más de uno moriría mientras un buen número de culebras acababan de subir al lecho y la acribillarían con sus venenosos dientes agudos.

No. Aquella no era la solución, no…

El sudor resbalaba ahora a chorros por todo el cuerpo de la más

bella, audaz y astuta espía del mundo, mientras bajo sus manos, la primera culebra continuaba buscando una salida entre aquella masa blanda que la inmovilizaba en parte, y las otras dos estaban ya llegando a los pies de la cama…

Pero aquella mente poderosa tenía que vencer forzosamente el abyecto terror. Una persona normal se habría desmayado, incluso antes de atrapar la primera culebra. Pero Brigitte Montfort se había ya demostrado muchas veces, incluso a sí misma, que no era normal, que su naturaleza humana era superior considerablemente a la mayoría de los mortales. Era un don que debía agradecer…

Se puso en pie de pronto, en la cama, dejando de apretar la culebra, que salió disparada en un ciego ataque que la llevó al suelo, entre las demás que también buscaban el modo de llegar al lecho real… Y mientras las otras dos lo conseguían finalmente, las manitas de Baby se aferraban al techo del dosel; efectuó una fuerte flexión de brazos, al tiempo que encogía el cuerpo tras lanzarlo hacia arriba. Quedó tendida de bruces en lo alto del dosel, en aquella fina barra de caoba labrada, rasgando las gasas, arrancando adornos de armiño… El dosel crujió fuertemente y se ladeó. Iba a caer… Todo iba a caer, de un momento a otro. Ella, los adornos, las maderas de caoba… Todo iba a caer sobre un montón de culebras, que se agitaban como hierba mecida por el viento, bajo ella, esperando…

Muy lentamente, mientras algunas culebras subían ya por las columnas del dosel, enroscándose, avanzando hacia lo alto describiendo una espiral en torno a la madera, Brigitte se puso en pie, y quedó tambaleante, recurriendo a un acrobático equilibrio del que más tarde ella misma se asombraría.

Y de pronto se lanzó al aire, con fuerza, estirando sus bellas piernas en el último impulso. Tres metros más allá, sus manitas parecieron clavarse en el círculo mayor de metal de la gran lámpara que pendía del techo por una cadena. La lámpara sufrió la natural sacudida, osciló, todas sus lágrimas de cristal tintinearon, una de las bombillas se apagó… y la agente Baby quedó colgando, en bruscos vaivenes, sobre el piso lleno de culebras que todavía no habían conseguido subir a la cama.

El dosel no cayó; quedó inclinado hacia la cabecera de la cama, en la cual había ya media docena de culebras. Balanceándose

colgada de la lámpara, Brigitte aumentó el movimiento de ésta, hacia el gran balcón. Las lágrimas del cristal tintineaban menos ahora, debido al movimiento uniforme de balanceo, y por un instante la espía volvió la cabeza, angustiada, hacia la puerta que separaba su dormitorio del de Peggy, alegrándose profundamente, por una vez, del profundo sueño de la rubia doncella; si aparecía en el dormitorio, moriría irremisiblemente. Se desmayaría, a buen seguro, como había estado a punto de hacer ella.

El balanceo de la lámpara era cada vez más fuerte, y por fin, cuando ya algunas culebras subían por el dosel y otras se agitaban bajo los pies de Baby, ésta se soltaba, lanzándose con toda fuerza hacia el balcón. Rodó sobre sí misma, se puso en pie dándose de bruces contra el canto de una de las puertas, y, en el acto, salió al balcón, ajustando las puertas tras ella, todo cuanto pudo. El balcón quedó prácticamente cerrado; lo bastante, al menos, para que ninguna culebra pudiera salir del dormitorio.

Durante unos segundos, mientras se aseguraba de que Peggy no aparecía allí, estuvo viendo a las culebras, deslizándose ahora hacia el balcón. Y en esos pocos segundos, la espía más audaz del mundo tomó su decisión.

Desde el balcón pasó a la fachada de palacio, donde se sujetó a los ornamentos de piedra, por los cuales, lentamente, tensos sus finos músculos, fue descendiendo, hasta que se encontró a menos de seis pies del pórtico inferior. Cuando cayó allí, el guardia que parecía dormitar de pie, se irguió bruscamente respingando. A la luz de las estrellas, y a la discreta iluminación nocturna del palacio sobre todo, la espía vio los desorbitados ojos del hombre, fijos en ella, como si la considerase un fantasma.

—Llame a la guardia —jadeó Brigitte.

—S-s-siii… Si, Majestad.

El guardia se alejó velozmente de allí, volviendo la cabeza, como si quisiera convencerse de que, realmente, estaba viendo a su reina en pijama; muy gracioso pijamita, por cierto.

En un minuto, media docena de guardias, al mando del oficial de noche, estaban frente a Su Majestad Baby, aturdidos. El oficial tenía cara de sueño, pero pegó un seco taconazo, saludando rígidamente.

—¡Al servicio de Su Majestad! —casi gritó.

—¿No hay gases en el Cuerpo de guardia, teniente?

—No… Bueno… Solamente lacrimógenos, Majestad.

—Media docena de granadas. Y toda la guardia conmigo. Inmediatamente, teniente. Por la puerta principal.

—¡Sí, Majestad!

Cinco minutos después de haber saltado por el balcón, la reina de Atlantic Kingdom ascendía la gran escalinata de blanco mármol, hacia las alas superiores de palacio, seguida por veinte guardias bien armados, y dos de ellos portando las seis granadas lacrimógenas. Sus fuertes botas, sus hebillas, su sólido caminar, pusieron en pie de alerta a todo el palacio. Arriba, en los amplios pasillos, apareció Frank Minello, corriendo, llevando en la diestra una formidable automática del 45. La rigidez de su rostro desapareció apenas ver a Brigitte.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó.

Las princesas Jezabel y Dalilah llegaban apresuradamente, ataviadas con preciosas *déshabillés*, y detrás de ellas, el apuesto y hosco Conrad, poniéndose una bata sobre el pijama… Peggy apareció en la puerta directa de su dormitorio al pasillo, y se quedó mirando estupefacta primero a Brigitte, y luego a los veinte guardias que esperaban expectantes las órdenes de la reina.

—Hay treinta o cuarenta culebras en mi dormitorio… —dijo, ya con tranquila frialdad, la espía internacional—. Lancen primero los gases lacrimógenos. Luego mátenlas a bayoneta. Con cuidado… No quiero que ninguno de ustedes sea mordido.

Hubo una actitud general de estupefacción, de incredulidad. Pero el teniente de la guardia de noche era de los que habían aceptado sin reservas a aquella mujer, como su reina y señora, y reaccionó sin rechistar. Fue el primero en abrir la puerta de las habitaciones de Su Majestad, y el primero en llegar al gabinete privado. De allí, seguido por los guardias, llegó a la puerta del dormitorio, que abrió rudamente, apartándose, señalando hacia el interior. Los dos soldados que portaban tres granadas cada uno se asomaron, dispuestos a lanzarlas, pero se detuvieron en seco, y se volvieron desconcertados hacia el teniente. Éste comprendió la mirada, y entró en el dormitorio.

Tras unos segundos de indecisión, salió, y se plantó en el centro del gabinete, saludando magníficamente.

—No hay culebras, Majestad —dijo.

—Hay más de treinta, teniente.

El oficial parpadeó. Permaneció inmóvil, en posición de firmes, todavía con la mano junto a la visera de la gorra de plato. No se atrevía a contradecir verbalmente a su reina, pero… no había culebras.

Fruncido el ceño, Brigitte fue a su dormitorio; los dos guardias con las granadas le cedieron el paso, impresionados… y aturdidos.

Vacío. El dormitorio estaba vacío. Ni una sola culebra, ni rastro alguno de ellas. El dosel de la cama estaba bien colocado, como si nada hubiera ocurrido. La lámpara no se movía. La almohada estaba en su sitio, en la cabecera de la cama, y las ropas no se veían desordenadas. El balcón estaba abierto unas cuantas pulgadas, tal como Brigitte lo había dejado al disponerse a dormir. Por un instante, la naricilla de la espía se arrugó. Luego regresó al gabinete, sonriendo como si la cosa le pareciese muy divertida.

—Pueden retirarse, teniente. Que cada guardia ocupe de nuevo su puesto.

—¡A la orden Majestad!

Dalilah y Jezabel estaban tan intensamente pálidas, que parecían cadáveres. Fueron las primeras en retirarse, tambaleándose, como si fueran a desmayarse de un momento a otro. Jonás miraba de uno a otro, pero optó por retirarse, sin haber dicho una sola palabra. Conrad fue hacia la puerta, mirando extrañamente a su reina.

—Espero que ninguna culebra haya mordido a Su Majestad… —musitó—. Las culebras de nuestras islas son muy venenosas.

—No hay tales culebras… —sonrió Brigitte—. Supongo que todo ha sido una pesadilla, señor Conrad. De todos modos, gracias por su interés. ¿Está durmiendo la pequeña Mary Lou?

—Así, parece, Majestad, afortunadamente.

—Sí… Afortunadamente. Señor Conrad: quisiera conversar con usted mañana… Es decir, hoy, puesto que pronto amanecerá. ¿Podrá disponer de unos minutos para mí?

—Para Su Majestad, dispongo de todos los minutos de mi vida.

Respuesta amable y rendida, pero seca, muy seca la voz, el tono. Simple protocolo.

—Gracias, señor Conrad. ¿Le parece bien a las once, en los jardines del estanque?

—A las once, Majestad… —se inclinó Conrad retirándose.

Cuando quedaron solos Brigitte, Peggy y Minello, éste miró hoscamente a la espía.

—Supongo que a mí no vas a venirme con el cuento de las pesadillas. Tu cerebro es una máquina perfecta, y no creo por tanto que…

—Ven conmigo Frankie. Y tú, Peggy. En primer lugar, cualquier persona puede tener pesadillas, Frankie. Incluso yo, naturalmente. Sentado esto, entrad a mi dormitorio y usad atentamente vuestro olfato. La respuesta no corre prisa.

Entraron los tres. Minello y Peggy se dedicaron a olfatear, con todo cuidado. Estuvieron así casi un minuto, recorriendo el dormitorio en diagonal. Por fin, ambos se quedaron mirando a Brigitte.

Ésta dejó de zarandear suavemente el dosel del lecho, que se movió con facilidad, crujiendo suavemente. Los adornos de gasa y armiño parecían intactos, pero en lo alto se veían los desperfectos. Ciertamente, hasta el momento, la agente Baby no había tenido jamás pesadillas.

—¿Y bien? —inquirió, sonriendo fríamente.

—Yo no huelo nada —gruñó Minello.

—Ni yo —musitó Peggy.

—¿Qué tendríamos que oler? —se interesó el periodista.

—Nada… Nada, Frankie. Ya hablaremos mañana.

Capítulo IV

Conrad y Mary Lou se pusieron en pie cuando la reina llegó junto a ellos, a la hora exacta fijada para la cita, lo cual pareció sorprender discretamente al primero.

—Buenos días, señor Conrad. Hola, Mary Lou… ¿Has dormido bien?

—Sí.

—Ella no es mi reina —dijo la niña—. Yo soy la reina, ya que ni prima Jezabel ni prima Dalilah quieren serlo.

—Temo que tendré que castigarte, Mary Lou… —musitó Conrad.

—Le suplico que no lo haga —sonrió Brigitte—. En cierto modo, la niña tiene razón. Pero eso será motivo de conversación aparte… Ahora, Mary Lou, si eres tan amable, deberías dar un paseo por los jardines con Peggy. Te lo agradecería mucho.

Mary Lou no parecía muy convencida, pero una mirada severa de Conrad la decidió. Se alejó con Peggy, que comenzó a hablarle animadamente, obedeciendo la consigna de Brigitte de ser amable con la niña.

Brigitte se sentó, a la sombra del grupo de sauces, haciendo una seña a Conrad.

—No es necesario que permanezca de pie, señor Conrad.

Éste se sentó, obediente. Parecía disgustado.

—Suplicó a Su Majestad que no tenga en cuenta la actitud de Mary Lou. Ella es…

—Tendré muy en cuenta la actitud de esa niña, señor Conrad, porque ella tiene razón. Pero ya le he dicho que ésa será motivo de otra conversación. Ahora lo que me interesa es que usted me aclare lo de las serpientes.

—No comprendo, Majestad… ¿Supone Su Majestad que yo tengo algo que ver con esas culebras de su pesadilla?

—Señor Conrad, yo soy una mujer inteligente y razonable, no una estúpida. Pero si usted sí es un estúpido, no hace falta que hablemos más. ¿Es usted un estúpido, señor Conrad?

—No. Majestad.

—Magnifico. Ahora, explíqueme qué significado tienen aquellas culebras… que vi en mi pesadilla.

—No fue una pesadilla, Majestad.

—¿De veras? Entonces, ¿cómo desaparecieron todas del dormitorio? Admitiría muy bien que algunas se hubieran marchado por el balcón, pero… ¿todas?

—Es… un maleficio, Majestad.

—Oh… Un maleficio real… Conozco otra historia que quizá resulte parecida a ésta, señor Conrad. Pero como hemos quedado en que ni usted ni yo somos estúpidos, ni imbéciles, ni tontos, tengo la seguridad de que la charla entre nosotros será interesante y amena. Entiendo ahora muy bien que las princesas Dalilah y Jezabel no quieren ocupar el trono precisamente por miedo a el maleficio… ¿Cierto?

—Cierto, Majestad.

—En cambio, Mary Lou debe ignorarlo, y por eso no vacila en ofrecer su… candidatura. ¿Cierto?

—Sí, Majestad.

—Ahora, explíqueme ese… maleficio. Los dos sabemos que es una tontería, pero explíqueme en qué consiste esa superstición… ¿Qué le ocurre? ¿Por qué me mira así?

—Si Su Majestad me lo permite, la miro con agrado… Mucho me temo que no supe valorarla debidamente ayer.

Brigitte agradeció las palabras inclinando la cabeza, sonriendo.

—El maleficio, señor Conrad. No tema aburrirme ni cansarme.

—Bien… Tengo algo escrito sobre esto, muy detallado, pero puedo resumírselo a Su Majestad ahora. Más adelante, si lo desea, le dejaré mis notas detalladas. La cosa empezó cuando murió el rey Jebediah…

—¿Era querido ese rey consorte?

—Muchísimo. Sabía permanecer en la sombra, pero a los allegados a palacio nos constaba que la reina lo tenía como su principal consejero. En definitiva, si bien con la discreción que corresponde al rey consorte, Jebediah era quien disponía al país. Y

lo hacía bastante bien, Majestad. Era un hombre… notable. En todo. Alto, recio, risueño, inteligente, bondadoso… Un coloso de noble corazón, aunque las palabras parezcan tan cursis.

—¿Cómo murió, y a qué edad?

—Tenía cincuenta años en mil novecientos setenta y uno, cuando le sobrevino la muerte.

—¿Qué clase de muerte?

Conrad se pasó la lengua por los labios.

—Murió, Majestad —musitó escuetamente.

—¿Asesinado? —entornó los ojos la espía internacional.

—Murió. La… explicación de los médicos fue un tanto ambigua. Hablaron del corazón.

—¿Qué más? —susurró la espía, todavía entornados los ojos.

—Apenas dos meses después murió la reina.

—¿Del corazón? —sonrió fríamente Baby.

—Esa fue la explicación, pero… Lo cierto, Majestad, fue que la reina falleció de miedo, según creemos. Cuando su cadáver fue encontrado, tenía los cabellos completamente blancos y el rostro… retorcido en una mueca de infinito espanto.

—¿Culebras? —se crispó el rostro de Baby.

—Un *zombie*, Majestad.

Brigitte palideció ligeramente, alterado el rostro.

—¿Está usted bromeando, señor Conrad?

—No, Majestad. Un *zombie* es…

—¡Se perfectamente lo que es un *zombie*! Es… un hombre muerto que resucita parcialmente, y se pasea por las noches por las zonas oscuras como… un lento robot siniestro, torpemente, como una sombra de muerte. Eso es lo que se dice en las Antillas, señor Conrad… Pero usted y yo sabemos que nadie resucita, ni parcial ni completamente. Los *zombies* no son más que uno de tantos trucos de brujería del Caribe. Le diré más, señor Conrad: conozco lo suficiente de brujería para que ningún truco pueda impresionarme. Ni siquiera los ritos del *voodoo*.

—Debo admitir que Su Majestad es mujer de amplios conocimientos y clara inteligencia. A mí tampoco me impresiona ningún rito de brujería, ciertamente, pero lo cierto es que, antes de encontrar muerta a la reina aquella mañana, un soldado de la Guardia Real se había presentado al oficial de turno, de madrugada,

demudado el rostro… Había estado desmayado unos minutos en su puesto, porque aseguró que… había visto al rey Jebediah caminando por los jardines convertido en un *zombie*.

—Por el amor de Dios… —casi se irritó Brigitte—. ¿Cómo puede un pueblo que cree en *zombies* pretender prosperar, desarrollarse…? ¿Se da cuenta de que todo eso es una tontería?

—Yo sí, Majestad. Pero el soldado vio al *zombie*.

—¿Dónde está ese soldado? Quiero…

—Se fue, Majestad. Se marchó de Atlantic Kingdom, muy lejos. Igual que los otros… Me refiero a los otros que también vieron al rey Jebediah convertido en un *zombie*, paseando por los jardines de palacio, de madrugada.

—¿Y qué pretendía con esos paseos? —sonrió sarcásticamente Brigitte—. ¿Recoger flores para su tumba?

—Cada vez que el *zombie* de Jebediah fue visto, una reina murió, Majestad.

—¿Cómo…? —exclamó Brigitte.

—A la esposa de Jebediah, sucedió una sobrina de la reina, puesto que ellos no habían tenido hijos. Eso fue en mil novecientos sesenta y dos, tras estar el trono vacante unos meses. Pues bien: apenas había sido coronada, la siguiente reina murió.

—¿De miedo?

—Fue mordida por una gran cantidad de culebras venenosas… Su cuerpo estaba hinchado, amoratado… Horrible. No se encontró ni rastro de las culebras, pero aquella noche, otro guardia vio el *zombie* del rey Jebediah, paseando por el jardín. A esta reina, y a primeros del siguiente año, la sucedió otra sobrina de la esposa del Jebediah…

—¿Murió también?

—Abrasada en su propio dormitorio. También aquella noche, el *zombie* fue visto por los jardines. La última reina que hemos tenido se llamaba Alexandra. Como las anteriores, pertenecía a la familia de la reina esposa de Jebediah. También poco después de ser coronada, fue visto una noche el *zombie*, por los jardines. El oficial de guardia, en cuanto se enteró, corrió a los dormitorios de la reina. La encontraron colgada, ahorcada en el dosel del lecho real. Esto fue a primeros de mil novecientos sesenta y cinco. Y desde

entonces, no tenemos reina en Atlantic Kingdom. Dalilah y Jezabel se niegan rotundamente a ello. En cuanto a Mary Lou, en su ignorancia de estos hechos, y contando con su carácter vehemente, está deseando tener dieciocho años para ser coronada. Mientras tanto, en estos tres años y algunos meses sin reina, las cosas van de mal en peor en el país. El pueblo quiere una reina, porque considera que su ausencia es la causa de todos los males. Y alguien, no sé exactamente quién, sugirió la idea de traer una reina de fuera del país, pensando, opinando que así se rompería el maleficio…

—O, en todo caso, no moriría nadie de la familia real, sino una extranjera, en definitiva. No puede decirse que mi pueblo sea amable conmigo, señor Conrad.

—Quieren una reina. Y suponen que usted lo sabe todo; por eso admiran su valor, y la quieren desde el principio. El pueblo espera mucho de su reina actual. Una reina con semejante valor, para aceptar sobre sí el maleficio, lo merece todo. Todo.

—¿El pueblo cree que yo estaba al corriente de todo?

—Sí. ¿Acaso no se lo explicaron los Cuatro?

—No.

—Me lo temía. Debe ser otra de sus sucias jugadas.

—¿Otra, señor Conrad? ¿Cuántas sucias jugadas han realizado ya los Cuatro?

—Diversas. Quizá… Bien, quiero decir que quizá ellos no lo hayan hecho con intención, y todo sea ignorancia. Pero de un modo u otro, tanto si es por maldad como si es por ignorancia, es evidente que el Consejo de los Cuatro no está capacitado para gobernar el país. Si lo pensamos detenidamente, quizá esperan que usted, ocupando nominalmente el trono, resuelva sus problemas…

—Observo que ya no me llama Majestad, señor Conrad.

—Lo lamento, Majestad —alzó la barbilla Conrad.

—Por el contrario… —ella le palmeó simpáticamente una mano —. La conversación es más… fluida así, señor Conrad. En definitiva: los Cuatro me han traído, con el beneplácito del pueblo… y del cerebro electrónico, para que yo destruya ese maleficio, o bien para que, si tal maleficio continúa, sea yo quien muera, y no una princesa.

—Supongo que igual colocarían a ellas en el trono… si ellas aceptaran. Lo que desean es contentar al pueblo, para continuar

haciendo su negocio, explotándolo. Es como tener un gran rebaño de ovejas, que se contentan con hierba para triscar, agua clara y buen sol… Y mientras ellos le dan al pueblo pequeñas migajas, se van quedando con todo. O quizá se pierda, no quiero ser injusto.

—Explíqueme esa teoría del rebaño de ovejas —sonrió Baby.

—Bueno… Esto, lo mismo puede hacerse con cuatro millones de personas que con cuatrocientos. Un país, evidentemente, tiene ingresos considerables, por poco desarrollado que esté. Honradamente, esos ingresos deberían dedicarse al bienestar del pueblo, en todos los sentidos. Pero ocurre que el pueblo nunca se entera de la realidad, y así, mientras se dan por muy satisfechos con tener televisión, lecho y pan, y algunos un automóvil barato o pequeñas comodidades que parecen el no va más de la prosperidad y la riqueza, los dirigentes que no son honrados se quedan millones y millones, que van engrosando sus propias cuentas en Bancos extranjeros, naturalmente. En realidad, el pueblo ignora lo que es la verdadera, la auténtica vida feliz y próspera que realmente podrían llevar en su propio país. Son… ovejas del gran rebaño, que son esquiladas para obtener su lana cuando conviene, o son enviadas al matadero si hace falta carne… Un rebaño de cuatro millones para que los Cuatro vivan de verdad la vida.

—Entiendo. ¿Tan mal está el país?

—Sí. No me ocupo de política hace años, pero sé que las cosas están mal. Si no recibimos pronto la ayuda exterior, todo se vendrá abajo. Hace algunos años, podría haberse evitado esa petición de ayuda. Ahora no. Ahora, es inevitable. Quizá podamos aguantar un año o dos más, pero… será el fin si no nos hacen un préstamo.

—Bien… No cabe duda, señor Conrad, de que para usted una persona alejada de la política, está muy al corriente de lo que… quizá está sucediendo. Supongamos que en Atlantic Kingdom hubiera una reina honrada y un Consejo honrado… ¿Con cuánto dinero se podría empezar de nuevo, sin apuros, con alegría…?

Conrad parpadeó.

—He calculado… Ejem… De un modo particular, claro, por pasar el tiempo, sí…

—Entiendo, entiendo —sonrió Brigitte—. ¿Cuánto?

—Unos doscientos millones de dólares. Con esa cantidad, y la voluntad de todos, las cosas se arreglarían.

—Es mucho dinero… —susurró Brigitte—. ¿No se conseguiría nada con… cien millones de dólares?

Conrad sonrió escépticamente.

—Tan difícil sería conseguir cien como doscientos… ¿Cien…? Sí… Sí, desde luego. Con una buena reina y un inflexible poder de administración, se podría empezar de nuevo. Más lentamente, con más esfuerzo por parte de todos. Este es un país pequeño… Con cien millones, una persona adecuada al mando del país podría hacer milagros.

—¿Conoce usted a esa persona… adecuada, señor Conrad?

—Es posible, Majestad.

—¿También es posible que conozca usted tres personas de confianza absoluta? Tres personas que puedan salir del país sin llamar la atención, en misión secreta.

—Sí… —achicó los ojos Conrad—. También es posible.

Brigitte se puso en pie y Conrad la imitó rápidamente.

—En tal caso, señor Conrad, será mejor que los avise para que estén preparados para viajar. Le espero a usted esta tarde, a las cinco, en mi gabinete privado.

—Al servicio de Su Majestad.

—Agradecida, señor Conrad. Y ahora, seguiré dando un paseo por los jardines. Son muy hermosos.

—Mmmm… Si Su Majestad me lo permite… Yo le aconsejaría que no fuese hacia aquella parte.

La señaló, y Brigitte frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Allí está el Mausoleo Real.

—Ah… ¿La residencia del *zombie* del rey Jebediah?

—Así puede llamarse, Majestad, supongo —sonrió Conrad.

—Pues quizá vaya precisamente hacia allí. ¿No habría modo de que yo viese el cadáver de Jebediah? Comprendo que después de siete años no debe estar precisamente agradable, pero me gustaría verlo. Seguramente me convencería de que no es posible que salga de paseo por las noches.

—La visita de Su Majestad sería inútil: por acuerdo del Consejo de los Cuatro y la familia real, el cadáver fue incinerado a raíz de su… último paseo nocturno.

—Ah… En tal caso, yo no debo temer nada del *zombie*. Pero me

gustaría ver de algún modo al rey Jebediah.

—Puedo avisar a Jonás, para que le muestre cuadros y fotografías de toda la familia real…, incluido Jebediah, desde luego.

—Se lo agradecería mucho, señor Conrad, También a Jonás le esperaré a las cinco, con esos cuadros y fotografías. Hasta luego.

—Las cuatro son muy hermosas, debo admitirlo… —musitó Brigitte, contemplando las fotografías extendidas ante ella—. En cuanto al rey Jebediah, no cabe duda de que era un hombre fuerte y apuesto. Un gran deportista. ¿Me equivoco, Jonás?

—No, Majestad… —dijo orgullosamente satisfecho el mulato jefe de los servicios del palacio—. El rey fue un gran hombre en todos los sentidos.

—¿Lo admiraba usted?

—Mucho, Majestad.

—Todos lo admirábamos y lo queríamos —dijo Conrad—, pero Jonás se habría dejado matar por su rey.

—¿Igual que usted por Mary Lou?

—Yo diría que aún más —sonrió Conrad—. La veneración de Jonás era algo que nos sobrecogió a todos. Estuvo una semana entera llorando.

—Bien… Verdaderamente, parece que el rey era persona que sabía hacerse querer. ¿No hay más fotografías, o cuadros, Jonás?

—Quedan algunos, Majestad, pero son más pequeños… Puedo traerle cientos de fotografías, pero habiendo visto éstas…

—Entiendo. Esto es todo, Jonás. Puede llevarse las fotografías y los cuadros.

Jonás se retiró, y en el gabinete quedaron solamente Brigitte, Peggy, Minello y Conrad.

—Las direcciones están cumplidamente escritas, señor Conrad. ¿Están preparados sus tres amigos de confianza?

—Sí, Majestad. Pueden partir cuando Su Majestad lo desee.

—Ahora.

Un brillante destello pasó por los ojos de Conrad, que se puso en pie rápidamente, guardándose las cartas.

—Será ahora, Majestad. Con el permiso de Su Majestad…

Se retiró también, y Minello encendió dos cigarrillos, uno de los cuales entregó a Brigitte.

—¿Crees que surgirán efecto? —musitó—. Pides demasiado,

creo.

—Nunca pido más de lo que me ofrecieron, Frankie. ¿Te parecería mucho pedirte que te casaras conmigo?

—¡Zambomba! —saltó Minello del sillón—. ¡Voy a buscar los testigos y el…!

—Siéntate, loco —rió Brigitte—. Era sólo para demostrarte que si alguien ofrece algo a Baby, es porque piensa cumplirlo. Y ahora, ve a buscar los micrófonos del cuarto de baño: los volveremos a colocar en su sitio, para que crean que esta pausa ha sido una simple avería electrónica. Se tranquilizarán mucho cuando vuelvan a oírnos hablando.

Minello fue a por los micrófonos, sonriendo irónicamente. En verdad, quien quisiera engañar a Baby tenía que sudarlo en grande. Tres minutos más tarde, los micrófonos estaban colocados en su sitio, y Brigitte suspiró, antes de reanudar su actuación de mujer que sólo pensaba en sus beneficios.

—De todos modos, querido —dijo, como si llevase un buen rato hablando de lo mismo—, todo esto resulta fastidioso. No creas que es fácil ser reina. Esta mañana tuve que resolver algunos asuntos que me parecieron peliagudos, y mañana salgo en yate a dar una vuelta por las restantes islas de este insignificante reino. Martin quiere que todos los súbditos me vean personalmente, y no he podido rehuir su sugerencia. Según parece, estaremos tres días navegando de isla en isla. Luego, otro día más en ésta, y al siguiente, la coronación.

Capítulo V

Martin se apoyó en la borda del hermoso yate, llamado «Green Islands», y señaló la zona de verdor que ya se divisaba en el horizonte.

—Dentro de una hora llegaremos a Queen City, Majestad. ¿Qué le han parecido sus islas?

—Muy hermosas, señor Martin —musitó Brigitte, también apoyada en la borda, a solas, al parecer, muy pensativa—. Y muy ricas. Me pregunto por qué las cosas van mal económicamente en Atlantic Kingdom.

Martin miró de reojo hacia la cubierta de popa, donde Minello, sentado, más bien tirado en una extensible, departía con Isaac, Joseph y Zabulon, los otros tres componentes del Consejo de los Cuatro. No perdía de vista a la reina, pero era evidente que nada podría oír. Tampoco había cerca ningún componente de la tripulación.

—Bueno… Es posible que todo vaya mejor dentro de poco, Majestad.

—¿Gracias a mí, o a mi presencia en el reino? —sonrió Baby.

—Pues…, no. No, verdaderamente. Creo que Su Majestad lo comprendería todo mejor si me otorgara unos minutos de conversación… a solas.

—¿Asuntos oficiales, señor Martin?

—En cierto modo.

—Bien… No veo inconveniente en ello. Hable.

—Mejor sería hacerlo abajo. En la cámara privada de Su Majestad. Y a solas, por favor.

—Está usted muy misterioso, señor Martin, pero no veo inconveniente en complacerlo. Mi humor es francamente bueno, después de contemplar quince hermosas islas en las cuales he sido recibida como… como una reina, ciertamente —sonrió—. Es un

caso poco corriente de amor a una reina por parte de su pueblo. Si a mí me aman tanto… ¿cómo amarían a una auténtica reina de Atlantic Kingdom?

—Supongo que más, Majestad —sonrió Martin—. ¿Vamos abajo?

Brigitte inclinó la cabeza. Se separó de la borda, caminando hacia la portilla. Poco después, tras enviar a Peggy a cubierta, los dos estaban en la cámara real del yate, Brigitte se sentó, señalando al jefe del Consejo de los Cuatro otra butaquita. Cuando Martin se hubo sentado, la reina musitó:

—Pasemos directamente al grano, señor Martin. Quiero estar bien preparada para llegar a Queen City, pues supongo que me espera un hermoso recibimiento.

—Sin duda… Bien, Majestad, antes que nada, quisiera que usted escuchase… una curiosa audición.

Sacó de un bolsillo interior un pequeño aparato, que sostuvo en una mano, apretando un pequeño botón que se veía en un extremo. Al instante, del pequeño aparato brotó la propia voz de Brigitte Montfort, un tanto metalizada. Poco a poco, sus conversaciones con Frank Minello, así como indicaciones a Peggy y algún que otro agudo ladrido de «Cicero», fueron brotando del pequeño magnetófono a pilas. Martin miraba con frío sarcasmo a la «muy sorprendida y asustada» reina de Atlantic Kingdom.

—¿Es necesario que prosiga, señorita Montfort? —preguntó de pronto.

—No… —mustió Brigitte—. No es necesario, no… Pero no comprendo esto, señor Martin. ¿Me ha estado usted espiando?

—Desde luego. Oh, comprendo su sorpresa. Usted es una… granujilla, señorita Montfort, pero veo que no tiene grandes posibilidades en el espionaje. Por otra parte, los micrófonos estaban demasiado bien colocados para que una chica ambiciosa, pero no demasiado lista, se diese cuenta de su presencia.

—Está bien… —tembló la voz de Brigitte—. Soy una tonta… Supongo que con esta grabación puede usted conseguir que me expulsen del país. O quizá que hagan conmigo algo peor, pues está bien claro que estoy dispuesta poco menos que a vender mi corona… y el país entero. ¿Qué… qué piensa hacer conmigo?

—No se asuste. Usted quiere cinco millones de dólares, ¿no es cierto?

—Bueno… —sonrió forzadamente Brigitte—. A decir verdad, creí que podría conseguir esa cantidad. No soy realmente tan tonta como para no haber comprendido que alguien hacía su propio juego con todo esto. Pero, según parece, señor Martin, estaba equivocada, y usted sólo se preocupa del bienestar de su patria.

—En cierto modo, sí… —rió Martin—. Me preocupo por el bienestar de mi patria porque significa mi propio bienestar.

—Claro… Todos los buenos ciudadanos que trabajan para…

—No, no, no… —rió Martin—. Si iba a decir que estoy trabajando para mi patria, se equivoca. Realmente, lo que pretendo es que mi patria trabaje para mí, señorita Montfort.

—No comprendo…

—Pues es bien sencillo. Como usted bien supuso, hay juego…, llamémosle sucio, en todo esto. La idea de buscar una reina por medio de un cerebro electrónico fue mía. Lo mismo me daba que fuese una mujer u otra. Lo importante era que pronto fuese coronada reina una mujer… Cualquier mujer. Y a tal fin, hice algo que solamente sabemos cuatro personas… Cinco ahora, contándola a usted: alteré el cerebro electrónico. Sabía que éste no podría dar el nombre de ninguna mujer con las cualidades que el pueblo y la Cámara de representantes exigía, así que alteré ciertos mecanismos de modo que saliese una indicación de un expediente cualquiera. Comprenda usted: se exigía tanto de la futura reina, que por fuerza el cerebro electrónico debía dar una sola respuesta: NO EXISTE UNA MUJER CON LAS CUALIDADES EXIGIDAS. Yo sabía muy bien que eso era imposible, de modo que alteré la máquina, a fin de que diese la indicación de cualquier expediente. Y dio el de usted. Eso es todo.

—Fue una buena jugada… —suspiró Brigitte—. ¡Y yo que creía reunir verdaderas cualidades para ser reina!

—Desengáñese: todo fue obra mía. La máquina no funcionaba correctamente, debido a mis manejos durante la noche anterior, en sus mecanismos.

—Está bien… ¿Por qué me cuenta todo eso, señor Martin? No creo que sea necesario ponerme al corriente de las maquinaciones de los Cuatro, puesto que, supongo, apenas llegar a Queen City, ustedes van a humillarme emitiendo por radio esa grabación de mis conversaciones con Frankie…

—Usted no entiende nada de nada, señorita Montfort: para hacer lo que usted dice, ya no nos habríamos molestado en organizar toda esta pantomima del cerebro electrónico, traerla a usted a Atlantic Kingdom, estar dispuestos a coronarla reina…

—¿Van a coronarme… a pesar de esa grabación?

—En efecto. ¿Todavía no comprende?

—Pues, no… No, señor Martin, francamente.

—Usted no es tan inteligente como parece por sus artículos, señorita Montfort. Pero, en fin, ya está aquí, todo está en marcha y eso es lo que importa. Nosotros, el Consejo de los Cuatro, queríamos a una mujer en el trono, para coronarla reina. La tenemos. Usted, por su parte, parece no sentir interés por cosas ajenas al dinero… Pide… Es decir, pensaba pedir cinco millones de dólares para usted, por participar en la jugada.

—Todos tenemos derecho a soñar —sonrió Brigitte.

—En su caso, no será un sueño. Le pagaremos esa cantidad… Pero será usted quien se entienda económicamente con su amigo Frankie. ¿Está de acuerdo?

—¡Naturalmente…! —parecía que Brigitte no cabía en sí de asombro—. Pero, ¿por qué van a darme ese dinero, señor Martin?

—Por dejarse coronar reina. Se lo explicaré claramente, porque veo en su expresión estupefacta que no entiende nada de nada… Usted será coronada reina, señorita Montfort. Y luego, muy pocos días después, firmará unos documentos. En ellos hará una cesión muy clara e inapelable de sus derechos reales, especificando no menos claramente que considera que un país con posibilidades de gran prosperidad, precisa de un Gobierno… diferente. Su abdicación, traerá consigo el cese de cualquier futuro derecho real, sea de usted o de cualquier otra persona. En ese mismo documento en el que quedarán definitivamente anulados todos los poderes o mandatos reales, nombrará, para formar el futuro y más conveniente Gobierno de la patria, a un Presidente y un Consejo de Tres. ¿Lo entiende?

—Usted quiere ser presidente de Atlantic. Kingdom, y Joseph, Isaac y Zabulon formarían el Consejo de los Tres.

—¡Exacto! Y el país ya no se llamará Atlantic Kingdom, sino Atlantic States.

—Sí, entiendo… Creo que entiendo esto.

—No creo que le importe, pero se lo diré. El país necesita dinero… Mucho dinero que…

—¿El que han robado los del Consejo de los Cuatro? —sonrió dulcemente Baby.

—Sí… Así es.

—En ese caso, creo que ustedes son más granujillas que yo, señor Martin, ya que supongo que habrán robado mucho más de cinco millones de dólares. Pero dígame: ¿qué tiene que ver una total abdicación real definitiva, con las necesidades de dinero de Atlantic Kingdom?

—Cuando mi país deje de ser un reino, alguien nos hará un préstamo. Otro país, se entiende.

—Formidable —abrió mucho los ojos la espía—. ¿De cuánto?

—Doscientos cincuenta millones de dólares.

—¡Increíble! —exclamó Baby, perfecta en su papel de tonta—. Tal como parece que están las cosas en Atlantic Kingdom, no creí que nadie cometiese la locura de prestarles ni cinco centavos, señor Martin.

—Pues nos prestarán doscientos cincuenta millones de dólares, señorita Montfort.

—Oh… Pues me alegro, señor Martin. Supongo que con esa cantidad, ustedes, los del Consejo de los Cuatro, podrán hacer mucho en beneficio del país. No cabe duda de que el pueblo quedará muy satisfecho con ustedes, y que se alegrarán de que la reina haya abdicado completamente de todos los presentes y futuros derechos de la realeza isleña. Quedará formado un Consejo de Tres, usted será presidente de Atlantic States…, el pueblo tendrá prosperidad… Todos contentos, en una palabra.

—Efectivamente.

—Bien… No cabe duda de que la gesta de ustedes es poco menos que… heroica. El pueblo los adorará. Con doscientos cincuenta millones de dólares, cualquier pequeño país puede subir como espuma… Aunque me pregunto si el pueblo sabrá que ustedes han conseguido un préstamo por esa cantidad…

—A veces, parece usted inteligente, señorita Montfort… —sonrió con mordacidad Martin—. Desde luego, el pueblo no sabrá que hemos recibido un préstamo de doscientos cincuenta millones, sino de… ciento cincuenta.

—¡Oh! Es decir, que ustedes cuatro se repartirán para sus propios bolsillos, cien millones de dólares. Es el golpe más fabuloso de toda la historia de las intrigas políticas. Sin embargo, creo que para eso deben contar con la complicidad del país que les haga el préstamo, ¿no?

—Contamos con esa complicidad.

—¿A cambio de qué? ¿Qué país es ése?

—No creo que le importe ni una cosa ni otra, señorita Montfort. Es evidente que dentro de algunas semanas, todo el mundo sabrá quién nos ha prestado el dinero; y a cambio de qué nos lo ha prestado, se sabrá dentro de unos meses.

—En mi opinión, señor Martin, ustedes, los Cuatro, están dispuestos a vender su país, prácticamente. Sobre este tema hice algunos comentarios en mi discurso por televisión. Lo que ustedes van a hacer es enriquecer el país, pero debilitándolo por dentro, de tal modo que en poco tiempo, no serán más que… un satélite de otro país, mucho más poderoso.

—Tampoco esto es cuenta suya.

—Claro… No es cuenta mía.

—Me alegra que nos entendamos. Respecto a sus cinco millones de dólares, los recibirá usted cuando, después de coronada; haya firmado los documentos que…

—No. Ah, no, señor Martin, no… Eso sí es cuenta mía. Quiero el dinero ANTES. Antes de firmar. Y a ser posible, antes de ser coronada. Ya me engañó usted una vez, al no ponerme al corriente del asunto del maleficio real… No más engaños. Por cierto: todo eso del maleficio real…, ¿es cosa de ustedes también?

—No… —palideció Martin—. Le aseguro que no tenemos nada que ver con eso. Incineramos a Jebediah, pero parece que… que el maleficio sigue en vigor. Tiene que creerme, señorita Montfort.

—Por supuesto que le creo, señor Martin. Sería absurdo que ustedes mismos quisieran matarme. Al menos, no antes de haber firmado. Y no cabe duda de que las culebras habrían podido matarme. Entonces, hay algo más…, alguien más metido en esto. Alguien que no quiere reinas…

—Dejemos ese asunto. Me pone nervioso… Usted estará muy bien protegida hasta que se vaya del país, se lo garantizo, de modo que no tiene nada que temer.

—De acuerdo. ¿Y mi dinero?

—Bueno… Tendré que consultarlo, claro… No se manejan fácilmente cinco millones de dólares. Además, ese dinero no llegará aquí hasta dentro de dos o tres días, quizá más.

—Pero ustedes deben tener su propia cuenta corriente en algún lugar, ¿no? Fuera de Atlantic Kingdom, quiero decir. ¿En Suiza?

—Sí, claro… Sí, en Suiza…

—Pues esta misma noche van a pagarme ustedes cuatro de los cinco millones de dólares. Y lo van a hacer de un modo… simpático. Incluso les proporcionará un considerable prestigio de honrados, generosos, caritativos, bondadosos…

—¿Qué modo es ése? —quiso sonreír Martin.

—Enviarán dos millones y medio de dólares, por cheque certificado, a mi asilo de ancianitos, a nombre de la directora. Y la misma cantidad a mi querido centro de rehabilitación infantil. Pero lo harán en nombre de ustedes, no mío. Eso les dará a ustedes muy buen resultado en Estados Unidos, señor Martin. Es un buen primer paso para empezar a conseguir una sólida amistad con Estados Unidos. ¿Le gusta la idea?

—Personalmente, no. Además, es mucho dinero… Hasta ahora, no crea que hemos podido… podido…

—¿No han podido robar mucho? —rió Brigitte—. Bueno, tengan un poco de paciencia. Además, esos cinco millones les serán resarcidos a ustedes, ¿no es así?

—Claro.

—Pues sólo se trata de que los adelanten. Así que todo está dicho, señor Martin. Yo llamaré a los directores de esos dos centros benéficos dentro de un par de días, para asegurarme de que han recibido el generoso donativo de los principales ciudadanos de Atlantic Kingdom. Y una vez la respuesta de mi poder, y ya coronada, firmaré sus documentos. Luego, ustedes les piden cinco millones de dólares a la persona que deba entregárselos, ocupan el Gobierno del país, y sólo tienen que esperar el préstamo de doscientos cincuenta millones de dólares, que oficialmente, serán ciento cincuenta. Para entonces, yo estaré de nuevo en Estados Unidos, arreglando mis asuntos con los directores de esos dos centros benéficos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Martin salió sonriendo irónicamente de la cámara real. Apenas un minuto después, Minello entraba, cerrando la puerta a una seña de Brigitte. Se sentó delante de ésta, expectante.

—¿Qué habéis hablado?

—Cosas muy interesantes. ¿Quieres saberlas?

—¡Claro!

—Pues nada más sencillo, querido mío —sonrió la espía más astuta del mundo—. Escúchalo todo palabra por palabra…

Fue a la mesita donde se veía su maletín rojo con florecillas azules, sacó el paquete de cigarrillos del cual había tomado uno en presencia de Martin, y regresó a la butaquita. Del paquete de cigarrillos sacó un aparato aún más pequeño que el del jefe de los Cuatro, y activó el mecanismo de recogida de una finísima cinta. Luego puso en marcha el diminuto magnetófono.

«—Pasemos directamente al grano, señor Martin. Quiero estar bien preparada para llegar a Queen City, pues supongo que me espera un hermoso recibimiento».

«—Sin duda… Bien, Majestad, antes que nada, quisiera que usted escuchase… una curiosa audición».

Todo, absolutamente todo, fue fielmente reproducido por el pequeñísimo magnetófono, ante el expectante Minello. Cuando la nueva audición terminó, el periodista deportivo sonreía burlonamente.

—Tienes una capacidad asombrosa para tomarle el pelo a la gente, querida… —comentó—. Ese Martin, además, de un desdichado… ¡Mira que atreverse a jugar al espionaje con Baby!

—Hay que disculpar su ignorancia. Estuve a punto de reírme en varias ocasiones, pero pude contenerme.

—Yo no lo habría conseguido. En fin… ¿Qué país supones que es ése?

—Rusia, naturalmente. No le basta con Cuba. Quiere tener una plataforma todavía mejor, más cercana a Estados Unidos. Dentro de un año, quizá dos, Atlantic Kingdom tendría sus dieciséis islas llenas de proyectiles rusos, de soldados, de pesqueros, petroleros… Y una hermosa base para sus flotas navales, naturalmente. Y, desde luego, con más autoridad de la que pueda tener actualmente en Cuba. Si ocurre lo que están tramando, el Océano Atlántico será en breve otro Mediterráneo, que ya está lleno de navíos rusos.

—¿Y eso no interesa?

—Si quieres que te sea sincera, Frankie, no lo sé. Ya no sé qué es lo que interesa y qué es lo que no interesa, a excepción de la paz. Rusia dispone de armas de tan largo alcance que puede prescindir de la base que crearía en Atlantic Kingdom. También hay demasiados comunistas en el mundo para preocuparnos por cuatro millones más o menos. Nada de eso me importa gran cosa, porque el día que estalle una guerra, las distancias no tendrán importancia. No demasiada, al menos. Pero sí importa que estos cuatro millones de isleños no sean engañados, vendidos a un sistema político que ni desean ni conocen. Por tanto, impediremos esa venta de un país entero.

—¿Cómo?

—Lo primero que hay que hacer es vigilar continuamente, sin perderlo de vista un instante, a Martin. De eso vas a encargarte tú… Quiero saber adónde va, con quién habla, qué hace… ¿Te atreves?

—¡Claro que sí!

—Pues entonces, querido, presta atención a la contrajugada de la agente Baby: te dedicarás a…

Capítulo VI

—Sí, por supuesto, Jonás: que pase.

—Me pareció que Su Majestad estaría fatigada del viaje…

—Ha sido un viaje cómodo y alegre. Y una recepción maravillosa en el puerto, flores por el camino hasta Palacio… Nunca olvidaré estos momentos. De modo que, aunque estuviese cansada, igual atendería visitas.

—Su Majestad es muy bondadosa.

—Y muy hermosa… —comentó Minello, tendido como un raja en un sofá del gabinete privado de la reina.

Jonás le dirigió una mirada de soslayo, pero no se permitió el menor comentario. Alto y fuerte, colosal, parecía muy capaz todavía, a sus sesenta años cumplidos, de hacer frente al atlético Minello, y hasta de ponerlo en dificultades.

—Dígale al señor Conrad que pase, Jonás.

—Sí, Majestad.

Jonás se retiró y Conrad aparecía segundos después. Se inclinó profundamente ante la reina, que sonrió como divertida.

—Parece que va tolerándome mejor, señor Conrad. Aunque no acudió a recibirme esta mañana.

—Estaba ocupado, Majestad. Y me pareció más conveniente solicitar una audiencia privada.

—Muy bien. Acepto el protocolo. Ahora dígame si hay algo nuevo… ¿Lo hay?

—Sí, Majestad: dispongo ya de las respuestas a las cartas que Su Majestad envió con mis tres hombres de confianza.

—¿Ya?

—Precisamente cuando Su Majestad llegaba al puerto en el yate, el último de los enviados regresaba de Europa, con la respuesta al mensaje de Su Majestad. Aquí están los tres.

Brigitte tomó los tres sobres, y sonrió mientras los examinaba.

Los abrió uno tras otro y comenzó la lectura del contenido del primero. Sonrió. Leyó el segundo mensaje de respuesta. Luego, el tercero y último. Siempre sonriendo.

—Léalas usted ahora, señor Conrad.

Éste tomó las tres misivas, que ya, por su procedencia, le tenían sobre ascuas. Ni siquiera sabía qué era lo que la reina había escrito a tres personas diferentes, pero no cabía duda de que tenía que ser importante. Apenas leer la primera misiva en dos o tres líneas, palideció. Alzó los ojos un instante y continuó leyendo ávidamente. Las restantes misivas fueron leídas con el mismo asombro, pero con mucha más rapidez. Cuando terminó, estaba completamente pálido, y miraba con expresión entre atónita e incrédula a Su Majestad Baby.

—Como ve, señor Conrad… —musitó ésta—, tengo buenos amigos. Aunque a juicio de usted yo no merezca ser reina, tengo amigos que son reyes y presidentes de sus países… Los mensajes que envié a dos presidentes y un rey, contenían una petición de un préstamo para Atlantic Kingdom. Y ahí tiene sus respuestas: un total de ciento veinticinco millones de dólares, que están a disposición de Atlantic Kingdom en cuanto queramos. Cincuenta millones que nos prestará Sandor Tercero de Ausvania. Cincuenta más, que nos prestará la República de Cayo Granada. Y veinticinco, la República de San Nataniel. Ninguno de ellos me ha fallado. ¿Podremos hacer algo con esa cantidad, señor Conrad?

Éste se pasó la lengua por los labios.

—Ya dije a Su Majestad que se podrían conseguir milagros con cien millones bien administrados.

—En cuanto a eso, no se preocupe; yo tengo ya la persona adecuada. Puede retirarse, señor Conrad.

—Quisiera pedir perdón por…

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Majestad.

Conrad salió del gabinete y Minello rió quedamente, echando un vistazo a su reloj de pulsera.

—Bueno, creo que el tal Martin debe estar ya a punto de abandonar el palacio, de modo que me prepararé para seguirle.

—¿Llevas todo el equipo, Frankie? ¿Lo has entendido bien todo? Si tienes dudas respecto al manejo de algo…

—Todo entendido. Hacía tiempo que no me divertía tanto. Ya verás cómo te traigo algunos resultados.

—Así lo espero. Eres torpe como un elefante, pero no tengo más remedio que recurrir a ti, querido. Una reina no puede estar saliendo y entrando a todas horas de su palacio.

—No eres muy amable conmigo —gruñó Minello.

—Sin embargo, te estimo mucho… —sonrió la reina—. Aunque no lo creas… Y ahora, márchate, no sea que Martin se te escape… Y ten cuidado. Debe estar un poco molesto después de comprobar que hemos inutilizado todos sus micrófonos.

—Tendré cuidado. Adiós, Majestad.

—Adiós… —rió Baby—. Dile a Jonás que entre.

Minello salió, riendo, y tirando un beso con los dedos a la reina de Atlantic Kingdom. Jonás estaba cerca de la puerta, erguido, impávido, y asintió con la cabeza cuando Minello le dijo que Su Majestad lo necesitaba, entrando rápidamente en el gabinete.

—Majestad…

—Quiero hablar con la princesa Mary Lou, Jonás. Dígale que tenga la bondad de venir.

—Sí, Majestad.

Tres minutos más tarde, la niña entraba en el gabinete, precediendo con muy poco protocolo al gigantesco Jonás, que captó la seña de indulgencia de la reina, y se retiró. Mary Lou quedó delante de Brigitte, mirándola fijamente, intentando mantener su actitud altiva. Pero había en sus verdes y bonitos ojos una luz diferente a la de los días anteriores, una expresión de infantil desconcierto. Al parecer, Conrad le había dicho algo, y eso la sumía en un mar de confusiones.

—Siéntate, Mary Lou… —sonrió Brigitte, señalando el sofá, a su lado—. Me gustaría charlar un rato contigo.

La niña se sentó.

—¿Sobre qué hemos de hablar? —preguntó.

—Pues… sobre todo. Siempre hay cosas de qué hablar. ¿Sigues pensando que te gustaría ser reina?

—Sí…, Majestad.

—Ah… —sonrió Brigitte—. Parece que el señor Conrad ha podido convencerte de que, cuando menos, debes ser educada. Y dime: ¿por qué te gustaría ser reina?

—Para hacer muchas cosas buenas que ahora no puedo hacer.

—¡Magnífico! —rió la espía-reina—. Eso está muy bien.

—Construiría dos escuelas más en cada isla de las pequeñas y tres en las grandes; diez en ésta, que es la mayor. También compraría maquinaria agrícola en los Estados Unidos. Ampliaría la flota pesquera y cuidaría de que la cría de ganado aumentase y se cuidase mejor. Enviaría a los mejores estudiantes a una Universidad de Estados Unidos o Méjico, para que lo aprendiesen todo, y luego pudiésemos tener nosotros primero una Universidad y luego varias. Concedería prospecciones para la búsqueda de petróleo en nuestras aguas. Incrementaría…

—Basta, basta… ¿Todo esto lo has pensado tú sola?

—Sí.

—No mientas. Está feo que una reina, o una niña que quiere ser reina, diga mentiras. ¿Lo has pensado tú todo eso?

—No.

—Eso está mejor… Te lo ha dicho el señor Conrad, ¿no es así? Él te cuenta cosas, tú le escuchas, y él habla, habla, habla… ¿No es verdad?

—Sí…, Majestad.

—¿A ti te gustaría que todo eso se pudiera hacer?

—Sí.

—Pues lo intentaremos. ¿Tienes prisa? ¿Has de estudiar, quizá?

—No… Ahora no.

—Entonces, vamos a adelantar los ensayos de la coronación. Entiendo que durante estos días en que he estado fuera, todo el mundo, incluidos los periodistas nacionales y muchos que han venido de fuera, saben ya lo que tienen que hacer, dónde colocarse… Pero yo no sé nada de nada. En realidad —sonrió—, mi parte será la más fácil, ¿no estás de acuerdo?

—No sé.

—Luego cenaremos con tus primas Jezabel y Dalilah. Y mañana, durante los ensayos, me gustará tenerte cerca. ¿Te parece bien?

—Sí…, Majestad.

—Te olvidas continuamente de llamarme Majestad —sonrió la divina espía—. Y eso no está bien. Siempre hay que hacer las cosas debidamente. Por eso, me gustaría que tú me hablases de todo esto de ser reina, qué piensas, qué cosas crees que están bien y están

mal… También me explicarás cómo es la ceremonia… En fin, muchas cosas. Tengo que saber muchas cosas, ya que pasado mañana me coronarán. ¿Te gustará verme coronada?

La niña permaneció en silencio, pero siempre fijos sus ojos vivos e inteligentes en los de la espía, tan azules, grandiosos, bellísimos… y tan cálidos, que la frialdad de Mary Lou se iba derritiendo como un helado puesto al sol.

—Creo… —musitó al fin—, creo que no me gustará, Majestad.

—¿Preferirías ser tú la reina coronada, Mary Lou?

—O mis primas.

—Pero ellas no quieren ser reina, ya lo sabes.

—Entonces, yo sí.

—¿Querrías ser reina aunque fuese peligroso?

—Sí…, Majestad.

—Vaya… Eres una niña de ideas bien definidas y fijas, debo admitirlo. Se me ocurre una cosa: ¿te gustaría ensayar mañana conmigo la ceremonia de la coronación? Quiero decir que alguna vez, en lugar de ensayar yo lo que tendré que hacer pasado mañana, podrías ensayarlo tú. Así te vería cómo lo haces, y aprendería… ¿Viste la última coronación?

—Sí, Majestad.

—¡Oh, estupendo! Entonces podrás ayudarme mucho… ¿Querrás ensayar tú también, para que yo vea cómo se hace?

—Sí, Majestad.

—Estupendo… Yo creo que fijándome en ti aprenderé mucho mañana. Bueno, yo diría que la idea ha sido muy de tu agrado…

La niña ya no pudo contener más su sonrisa.

—Sí, Majestad… ¡Me ha gustado!

—Pues no hay más que hablar. Mañana, ensayaremos juntas.

El día siguiente fue en verdad agotador para la agente Baby. En efecto, ella era la única que desconocía su cometido, sus movimientos durante el acto de la coronación; al menos, sobre el propio terreno, ya que en teoría, explicado desde una semana antes por Martin y repetido y machacado durante el viaje de tres días, lo sabía todo. Además, la ceremonia iba a ser sencilla, y dado que la Sala del Trono no tenía unas dimensiones excesivas, las complicaciones se habían reducido al mínimo. Durante todo el día, sorprendiendo a cuantos intervenían en los ensayos, la dulce

señorita Montfort aguantó sin desfallecer una sola vez, ensayo tras ensayo, explicación tras explicación, repetición tras repetición… Algunos detalles fueron cambiados, ciertos defectos solucionados… Durante diez horas, tan sólo con un pequeño descanso para almorzar, los ensayos agotaron a todos… excepto a la reina, que cuando, finalmente, se retiró a sus aposentos, parecía casi tan fresca como a las nueve de aquella mañana, cuando apareció en el Salón del Trono. Pero cuando, por fin, acompañada solamente de sus más altos dignatarios, llegó a sus aposentos privados, se dejó caer en un sillón, derrengada. «Cicero» acudió prestamente a colocarse en su regazo y Peggy captó la seña que tan bien conocía: champaña con guinda.

—Los cheques —dijo Martin, sentándose también, fatigado—, salieron ayer mismo, por la tarde. Sus protegidos los habrán recibido ya, señorita Montfort. Por si quiere comprobarlo, tenemos pedidas las comunicaciones telefónicas con ambos centros. Solamente tiene que pedir el que prefiera en primer lugar y…

—Frankie, por favor: ¿quieres encargarte de eso?

—Sí, sí, no te preocupes. Descansa.

Zabulon y Minello fueron hacia el teléfono. Bajo las indicaciones del primero, el periodista se dispuso a ponerse en contacto con los respectivos directores de ambos organismos benefactores. Conocía bien sus voces, pues en más de una ocasión había ido con Brigitte y Peggy a hacer unas visitas a los niños y a los ancianos…

Mientras él se ocupaba de eso, Brigitte escuchaba las explicaciones de Martin, jefe del Consejo de los Cuatro.

—Lo hemos hecho de modo que parecía un donativo del Gobierno isleño, señorita Montfort. Con los cheques, nuestros enviados especiales a Estados Unidos, informarán de que hemos preferido enviar esos donativos que gastar el dinero en una coronación demasiado regia, que podría ser considerada como despilfarro. Deberán considerarla como un acto de buena voluntad del Gobierno de Atlantic Kingdom hacia Estados Unidos de América en el día de la coronación.

—Perfecto, señor Martin… Perfecto de verdad. Gracias, Peggy, hijita…

Bebió un sorbo de champaña, mientras Martin parecía atónito, quizá por la guinda que se veía en el fondo de la copa, quizá por el

pensamiento que llevaba ya hacia horas flotando en su mente:

—Lo que me pregunto, señorita Montfort, es cómo se beneficiará usted de ese dinero, ya que ha sido entregado a personas que no…

—Ustedes no deben preocuparse por eso, señor Martin, ya que siempre hay soluciones. Han cumplido su parte, ¿no es así? Pues ya no deben pensar en nada más. Están contentos ustedes, están contentos mis ancianitos y mis niños, no cabe duda de que Estados Unidos aprecia su generoso gesto y que a partir de ahora prestará más atención a sus hasta el momento poco sociables vecinos…

—No necesitamos la amistad de Estados Unidos… ya.

—¿Quién sabe? A lo peor les falla el otro país, y entonces será bueno que Estados Unidos comprenda que Atlantic Kingdom, con ese donativo simpático de cinco millones de dólares, quiere dar a entender que abre sus puertas a los norteamericanos. ¿No cree que eso beneficiaría al país, señor Martin?

—Si no tuviéramos el trato en marcha con el otro, sí.

—Hay que pensar con la cabeza. Por si falla, es mejor que seamos amigos de la poderosa nación vecina llamada USA ¿No quieren una copa de champaña, caballeros? Refresca, vigoriza y, sobre todo, alegra un poco las mentes cansadas.

—Le conviene descansar —sonrió Martin—, de modo que será mejor que nos vayamos.

—A decir verdad, es lo que estoy deseando. Pero esperemos a ver qué nos dice mi buen Frankie, señores…

Frank Minello se apartaba del teléfono cinco minutos después, mirando a Brigitte y asintiendo con la cabeza. Efectivamente, las comunicaciones telefónicas ya preparadas habían funcionado bien, y, sin lugar a dudas, Minello decía que todo estaba en orden. Los cinco millones de dólares habían sido ya entregados a ambos organismos bienhechores.

—Caballeros… —alzó Brigitte una manita, cansadamente—, les deseo a todos muy buenas noches.

Los Cuatro salieron de los aposentos reales y entonces Brigitte miró a Minello significativamente.

—¿Qué te pasa? ¿Estás cansado?

—A decir verdad, sí —masculló Frankie.

—Pues yo también, y me aguanto. Ve tras ellos.

—Anoche no vieron a nadie. Se fueron en un auto que los fue

dejando en sus respectivos domicilios, y no creo que…

—No creas nada. Trabaja. Y ten preparado en todo momento el equipo que he cometido la imprudencia de prestarte. No son gente que dejen en el aire cinco millones de dólares, de modo que se apresurarán a reclamarlos.

—Quizá lo hagan por teléfono…

—No. Por teléfono pueden haber concertado una cita, para cualquier día, pero no hablarán con claridad. Por fuerza deben tener otro medio de contacto más directo, privado, inviolable. Posiblemente, contacto personal. Síguelos. Y no los pierdas de vista.

—Acabarás conmigo.

—En tal caso, cuenta con media docena de lágrimas —sonrió la espía internacional—. Oh, vamos, Frankie, no pierdas más tiempo.

—Ya voy, ya voy… ¡Maldita sea, con lo que me gustaría pasar una noche aquí, en estos aposentos! Respecto a lo del rey consorte, ¿qué te parece si aceleramos la boda real?

—Si no te vas inmediatamente, te tiraré un zapato. Y no olvides que si algo ocurre, espero tu llamada por la radio… ¡Fuera de aquí!

Minello salió trotando cómicamente, dejando sonrientes a la espía y a Peggy, la fiel doncella, que tendió las manos cuando Brigitte le entregó a «Cicero».

—Llévalo a su «aposento» —sonrió.

—Sí, señorita. ¿Para la cena qué vestido…?

—Dile a Jonás que cenaré aquí. Ya cené anoche con la… realeza. Y no me gustó demasiado. Mary Lou es una niña, cierto, pero más valiente, generosa e inteligente que sus primas. No es que ellas sean malas, pero no tienen un sentido muy exacto de lo que es el deber, con *zombies* o sin *zombies*.

—Es una niña simpática.

—Cuando quiere, sí… Como todo el mundo, claro. Dile a Jonás que cenaré aquí, sola, y que tú me servirás. Quiero acostarme pronto, pues, aunque no lo parezca, estoy rendida. Date prisa.

Capítulo VII

Toc. Toc. Toc. Toc…

Eran unos golpes lentos, espaciados, contra el suelo. Unos golpes sordos, como acolchados, apenas audibles en el silencio de la noche. Tan ligeramente audibles que hacía falta tener el finísimo oído de Baby para escucharlos; más aún, para que cada sordo y blando golpe llegase, a través del oído hasta el dormido cerebro.

Pero al sexto sonido, Brigitte Montfort había abierto ya los ojos, y su cerebro estaba completamente despierto, bruscamente, en menos de un segundo. No se movió lo más mínimo, mientras con toda claridad ahora, seguía oyendo aquellos sonidos que habían llevado la alarma a su cerebro: toc, toc, toc, toc…

Cada vez estaban más cerca de su lecho. Eran… pasos. Sólo podían ser pasos. Unos pasos lentos, pesados, dados con torpe sigilo, en un esfuerzo por que no sonasen lo más mínimo. Pero llegaban cada vez más claramente a los finos oídos de la espía internacional, que fue moviendo lentamente la mano derecha hasta debajo de la almohada. Asió la pistola y el bolígrafo, y pasó éste a su mano izquierda, listo para lanzar el rayo finísimo de luz, que se iría convirtiendo en un círculo cada vez más grande cuanto más lejos llegase.

Desde luego, eran pasos humanos. Extraños, pero pasos humanos, dados con dificultad, lentos, pesados. El balcón estaba abierto unas pulgadas, según era costumbre en la espía, pero solamente afuera se veía una incierta claridad de estrellas y luces lejanas, de los puestos de guardia de la parte Oeste del palacio. Dentro de la habitación, del gran dormitorio real, todo era silencio…, salvo aquellos pasos torpes, sigilosos, que no podían evitar aquel toc, toc, toc, toc…

Un poco agarrotada, tensa por el miedo helado que erizaba sus cabellos, Brigitte Montfort encendió, por fin, la linterna-bolígrafo,

lanzando el haz de luz hacia donde sonaban los pasos.

La raya de luz pareció una brusca cuchillada en la oscuridad, y cerca de los pies de la cama, a un lado, se oyó un respingo, y los pasos se detuvieron en seco.

La luz había dado de lleno en algo oscuro; ropa gruesa, sólida, basta. Ascendió inmediatamente, por un pecho humano, hasta que el círculo de luz, del tamaño de la cabeza de un hombre, dio, precisamente, en la cabeza de un ser humano, en pleno rostro. Un rostro barbudo, orlado de largos cabellos. Unos fieros ojos oscuros se entornaban bajo la luz, una boca grande y dura se crispaba furiosamente. Y ahora, el escalofrío sacudió a la espía como una descarga de corriente helada, mientras en su garganta paralizada de espanto quedaba clavado aquel grito que no podía brotar…

El rostro que estaba viendo, inconfundible, era el del rey Jebediah, el hombre que había muerto siete años atrás, y que finalmente había sido incinerado, para evitar el terror que inspiraba sus apariciones convertido en un *zombie*, esto es, un muerto parcialmente resucitado, revivido por poderes de magia negra.

Aterrada ante tan escalofriante visita, la agente Baby pudo reaccionar al fin. Parecía que la imagen había quedado iluminada hacía mucho tiempo, pero, en realidad, sólo hacía un segundo. Y en ese segundo, cuando el *zombie* continuaba su caminar hacia el lecho real, la espía apretó el gatillo de su pistolita.

Plop.

Oyó el gemido de dolor. Un gemido ahogado, extraño, como un alarido contenido. El rostro desapareció del círculo de luz y al instante, toda la cama se estremeció, vibró… Por una fracción de segundo, Brigitte creyó que el *zombie* había caído contra la cama, herido de muerte, pero no era así, al parecer. La cama se desplazó bruscamente, las maderas crujieron, los adornos del dosel se oyeron al caer al suelo… La cama era arrastrada, zarandeada de tal modo, que Brigitte no podía dirigir la luz hacia el gigantesco *zombie* del rey Jebediah, cuya fuerza era tal que la cama había sido arrancada de su sitio, y ahora estaba ladeada, a punto de ser completamente volcada, derribada al revés, cosa que sucedió al segundo siguiente, cayendo encima de la espía, atrapándola dolorosamente por la cintura, clavándola contra el suelo. La linterna escapó de su mano y también la pistola, pero ésta fue hallada pronto por los dedos

temblorosos; Brigitte se volvió y disparó dos veces más, a ciegas completamente, aturdida por el golpe, apresada brutalmente de cara al suelo por parte de la gran cama real. Oyó el sonido de las balas al clavarse en la madera, pero ningún gemido más. Tuvo que recurrir a todo su autodominio para serenarse, conteniendo incluso su jadeante respiración, contraída la garganta, esperando el menor ruido que delatase la posición del *zombie*…

La puerta del dormitorio de Peggy se abrió, y la doncella se recortó en el gran rayo de luz que inundó el dormitorio real.

—¡Se… se… señorita! ¡Señorita! —se oyó su crispada voz.

—¡No entres! ¡No entres sin armas, Peggy! ¡Trae tu pistola!

Peggy desapareció en su dormitorio y Brigitte dejó la pistola en el suelo, para poder utilizar ambas manos en escapar de aquella presa de madera y colchones. Consiguió volverse casi completamente, alzó la cama con ambos brazos, y giró sobre el coxis hasta sacar completamente el cuerpo de debajo de la cama…

Cuando Peggy regresó, temblando en su mano una pistola regalo de Brigitte, ésta había encendido ya la luz del dormitorio, y miraba con incredulidad y desconfianza a su alrededor, pistola en mano. Sabía que el *zombie* no había salido de su dormitorio por la puerta que daba al gabinete. Tampoco, desde luego, había salido por la puerta que daba al dormitorio de Peggy. Y, sin embargo, no estaba allí.

Peggy estaba mirando, pálida de espanto, el volcado lecho, pero Brigitte no le hacía el menor caso. Su azul mirada, hosca y dura en aquel momento, recorría todos y cada uno de los rincones del dormitorio, buscando una explicación lógica. Una explicación sin brujerías ni tonterías. Un hombre había entrado y salido de allí sin utilizar puertas ni el balcón. ¿Conclusión fría, lógica, indiscutible?: había otra entrada al dormitorio real… Su mirada quedó fija en el armario. Una de las puertas no estaba bien cerrada, y eso era algo que ella no haría jamás. No por una rigurosidad maniática del orden, sino por simple estética, por método rutinario.

Se acercó, hasta plantarse delante de aquella parte del gran armario, casi en el extremo de la izquierda, donde se juntaba con la pared que hacia ángulo con el mueble.

—Salga de ahí… —musitó fríamente—. Sin más payasadas, se lo advierto. Tiene solamente tres segundos. Transcurridos éstos,

dispararé a través de la madera.

Los tres segundos transcurrieron, en silencio, y Brigitte apuntó fríamente a la altura de un hombre muy alto, al corazón. Apretó el gatillo tres veces, separando cada impacto diez pulgadas. Saltaron astillas de madera, pero dentro del armario no se oyó nada. Ni un grito, ni un gemido… Ni siquiera el rumor de un cuerpo al caer.

—Dame el maletín, Peggy.

La muchacha corrió, temblando, en busca de lo pedido por la espía, que se apresuró en cuanto tuvo el maletín a sacar otro cargador lleno para su pistolita. Hizo rápidamente el cambio de cargador y disparó tres veces más contra el armario…

Nada.

—Ay, Dios mío —gimió Peggy.

Sin hacerle el menor caso, Brigitte abrió dos de las puertas agujereadas de aquel cuerpo de armario. Dentro no había nadie. Solamente vestidos agujereados. Frunció el ceño, la espía internacional se apartó del armario, y estuvo examinándolo unos segundos. De pronto, lanzó una exclamación y corrió velozmente al dormitorio de Peggy. Se colocó ante el armario de ese dormitorio y comprobó que era más corto. Siempre velozmente, regresó a su dormitorio, recogió la linterna y volvió a su armario, del cual comenzó a sacar todas las prendas, hasta dejarlo vacío. Entró en él y comenzó a golpear la pared del fondo con los nudillos… Y al segundo golpe, ya notó el sonido hueco, a vacío. Iluminó los bordes de aquella plancha de manera y, finalmente, todavía con la linterna en la mano izquierda, apretó con fuerza, empujando como si quisiera derribar armario y pared…

Una puerta de cinco pies de altura y tres escasos de anchura cedió hacia dentro.

—Dios mío, Dios mío…

—Cállate. Y quédate aquí vigilando. Si viene alguien que no sea yo, dispara.

—Señorita… Señorita, por Dios, no entre…

—Cierra la puerta del armario. ¡Vamos!

Peggy obedeció, porque conocía aquel tono de voz. Brigitte se encontró a oscuras, salvo el rayo de luz de su linterna, que lanzó hacia delante y abajo. Había unos peldaños de piedra, que descendió cautelosamente. Contó cien peldaños, nada menos, de

modo que comprendió que estaba sobradamente bajo el palacio. Olía a humedad, se notaba un frío húmedo, escalofriante. Ante ella se extendía un largo y oscuro pasillo, de paredes de tierra, reforzada solamente a trechos por grandes losas; también el techo del corredor estaba reforzado solamente a trechos. Un frío intenso hacia casi tiritar a la espía bajo su camisita de dormir, minúscula, transparente, y helaba sus pies descalzos, que se deslizaba en silencio sobre el suelo de tierra helada.

Apretó el paso, tuvo que doblar un recodo después de recorrer no menos de trescientas yardas, y lanzó la luz hacia delante, siempre buscando al *zombie*… Lo vio, como una sombra difusa, muy lejos; la luz casi no llegaba hasta el gigantesco personaje que corría torpemente alejándose de la espía más sensacional de todos los tiempos.

—¡Alto! ¡Alto o disparo! —advirtió.

Su voz pareció quedar prendida en aquellas húmedas paredes. Y el *zombie*, siempre corriendo torpemente, desapareció. Si vacilar, comprendiendo que aquel hombre no iba armado tan bien como ella, Brigitte echó a correr, y pronto comprendió porqué el *zombie* había desaparecido: el pasillo describía otra curva allí. Y luego otra, bastante cerca, por la cual desaparecía nuevamente el *zombie*. De nuevo echó a correr la futura reina de Atlantic Kingdom, dobló el siguiente recodo… y se detuvo en seco, lanzando un incontenible alarido de espanto al estar a punto de tropezar con un esqueleto. Allí, el pasillo se ensanchaba, formando una reducida plazoleta, de apenas quince pies de diámetro. Y a un lado, el esqueleto, amarillento, completamente mondos sus huesos… Estaba sentado en forzada postura, con la cabeza, y los hombros descansando en la pared, y sujeto a ésta por un gran machete que se hundía en la tierra, muy oxidado ya, atravesando el centro del pecho… De aquella oxidada arma pendía el esqueleto, trágicamente, de un modo espeluznante, escalofriante.

Tras retroceder un paso y tragar saliva, Baby reanudó la persecución del *zombie*. Volvió a verlo al fondo de otro trayecto de pasillo, y de nuevo le ordenó que se detuviera, con voz tan tensa, tan angustiada, que la hizo comprender el gran miedo que estaba pasando.

El *zombie* no parecía dispuesto a detenerse, y entonces, la espía

decidió terminar. Apuntó fríamente a la ancha espalda mal vislumbrada y apretó varias veces el gatillo de su pistolita.

Plop, plop, plop…

Vio tambalearse al *zombie* a cada chasquido de su arma, que parecieron golpes dados sobre un montón de ropa mojada. El *zombie* volvió a desaparecer, apoyándose en una de las paredes húmedas, y la espía reanudó la marcha…, hasta encontrarse con que el pasillo, bruscamente, terminaba. Así de simple. Se encontró ante un muro de gruesos adoquines, que cortaban el camino. No había derivaciones del subterráneo en ningún punto, de modo que la explicación era por demás sencilla. Un espía debe razonar siempre con fría lógica. Y la lógica decía que allí, muy cerca, había otra salida.

La salida era, precisamente, el sólido muro de adoquines, que cedió hacia delante al ser empujados fuertemente por Baby. Apenas tuvo espacio suficiente, se deslizó por allí, buscando siempre al *zombie* con la luz de la linterna. Se detuvo en seco al ver la gran tumba de piedra labrada, en el centro de aquel cuarto o lo que fuese. Movió el rayo de luz y vio a su derecha los huecos de varios nichos. Otros, estaban tapados, y había inscripciones en losas de mármol… Estaba en el Mausoleo Real…

Un brazo fortísimo rodeó su garganta, y una respiración ardiente dio en su nuca, erizando el finísimo vello dorado. Pero el sobresalto no le duró ni un segundo a Baby, que sabía con toda seguridad que se las estaba viendo con un hombre de carne y hueso. Y desarmado, además. Sin gritar, sin perder la serenidad, intentó lanzarlo por encima suyo, pero era como querer mover una ballena varada en la playa. La presión iba aumentando de tal forma, que comprendió que estaría ya muerta si el hombre no hubiese perdido fuerzas debido a sus heridas. Y comprendió también que no lograría voltearlo, de modo que lo hizo a la inversa: volteó ella. Lo hizo hacia arriba quedando suspendida por el cuello en aquel fuerte brazo… Se lanzó con tanto impulso, y en una treta tan sorprendente y desesperada, que el *zombie* perdió por completo la noción de lo que estaba sucediendo. La espía pasó por encima de sus hombros, hacía atrás, en una voltereta increíble, hacia la izquierda, que liberó su cuello de la feroz presa.

Cuando el *zombie* se volvió, tambaleándose, Brigitte Montfort

estaba de rodillas, recogiendo su linterna, cuya luz dio en seguida en el barbudo rostro.

—No se mueva… —jadeó roncamente Baby—. No se mueva, o le mato de verdad.

La luz subía y bajaba, iluminando el áspero atuendo del *zombie* y su rostro; el rostro del rey Jebediah, muerto siete años antes e incinerado hacía tres años y pico. El *zombie* se movió, pero fue solamente un paso, tras el cual cayó de bruces, crispadas las manos, llevando una a la herida del pecho y la otra hacia la espalda… Quedó tendido de bruces, gimiendo, y gimió más fuerte cuando Brigitte le dio la vuelta. Estaba agonizando, sus últimas fuerzas desaparecían rápidamente. Se arrodilló junto al *zombie*, sin dejar de apuntarle con la luz y la pistola…

Y de pronto, de un tirón, arrancó la barba, la cabellera igualmente postiza, y el trozo de masa que colgaba parcialmente de un lado de la nariz, desfigurándola; con aquel trozo, toda una capa de masa de harina, todavía tierna, se desprendió del rostro del *zombie*, dejando al descubierto, finalmente, las auténticas facciones.

—Jonás… —musitó Brigitte—. ¿De modo que era usted?

—Ella… ella era… mala… Las reinas… son malas…

—¿Se está refiriendo a la esposa de Jebediah?

—Ella era… una… maldita mujer… Recibía hombres que llegaban… por el camino del Mausoleo… Les daba la llave… la llave…

—Jonás: ¿la mató usted por eso? ¿Cómo lo hizo?

—Le envié… culebras, y ella… ella murió… Usted es… más… valiente… Ella murió… de miedo… Luego, yo… yo dormía a las… las culebras con… con… ampollas metálicas de… de gas… y me las llevaba… Tengo… tengo escondidas más de… más de…

—Deje eso ahora. ¿Mató a la reina porque ella recibía hombres al quedar viuda, Jonás?

—Los… los recibió siempre… Siempre… recibía hombres, y… y ella… ella y uno de esos… mataron a mi rey, lo… lo envenenaron… Nadie quería… saber nada, pero yo… yo lo sabía, lo… lo supe siempre… Y le vengué…

—¿El hombre que ayudó a la reina a matar al rey es el que hay en el pasillo subterráneo?

—Sí… Lo tuve ahí, días… y días… y días…, y cuando… cuando

se estaba… muriendo de… de hambre y miedo, lo… lo clavé con… con…

—Entiendo. Jonás, no está bien lo que ha hecho. Quizá la venganza de su rey tuviera cierto sentido, pero no tenía por qué matar a las otras reinas que fueron coronadas.

—Todas… todas son… perversas como… serpientes… Y yo… yo las iré matando, para que… para que jamás puedan… matar a los reyes… a los reyes como… como mi amo Jebediah… Todas las reinas son… malas y mal-maldit…

Quedó con los ojos abiertos, fijos en la Muerte. Brigitte movió tristemente la cabeza. Sobrecogedor, doloroso, desconcertante final para un maleficio. Jonás, jefe de los servicios de palacio, había terminado su demente carrera de asesinatos reales.

Brigitte miró hacia la gran puerta claveteada del Mausoleo Real. Estaba cerrada, pero en un bolsillo de Jonás encontró la gran llave que la abría. Y también comprobó entonces que bajo la cazadora llevaba mucha ropa, lo cual explicaba su aumentada corpulencia, y que hubiese resistido tantos balazos durante aquel tiempo, en el pasillo. Las piernas las mantenía rígidas por medio de unas maderas sólidamente atadas con cordel, de modo que le resultaba lento y difícil doblar las rodillas, para parecer así aún más un *zombie*. Seguramente, si hubiera conseguido matarla,

Jonás-*zombie*

se habría paseado luego por lo los jardines de palacio, aterrando a un guardia… Debió colocarse las tablas en las piernas para entrar en su dormitorio, convencido de que si ella despertaba, quedaría inmóvil, indefensa de puro terror.

Pero, ciertamente, las brujerías, el vudú, se quedan para los que quieren creer en esas cosas. La más eficaz espía del mundo sabía muy bien que no existe nada sobrenatural. Nada.

Capítulo VIII

En medio de un gran silencio, Su Majestad apareció en la Sala del Trono, junto a cuya plataforma esperaban los más altos dignatarios del país; a un lado, el jefe de la Guardia Nacional y dos oficiales impecables, jóvenes y hermosos, gallardos, parecían custodiar la corona de oro, platino, perlas, brillantes, rubíes que descansaba sobre un rojo almohadón de seda.

En el palco del extremo anterior, cincuenta periodistas extranjeros, viente nacionales y los servicios de Televisión del país, así como la Radio, esperaban. Para Atlantic Kingdom, la ceremonia, que seria en verdad breve y sencilla, se televisaba en directo. Para el resto del mundo, el espectáculo sería ofrecido en diferido, por medio de copias de «video-tape» que cedería la TV A. K.

A ambos lados del pasillo regiamente alfombrado, los invitados; la mayor parte de ellos, isleños. Y un número ciertamente escaso de extranjeros, enviados por las pocas naciones que mantenían relaciones amistosas o diplomáticas con Atlantic Kingdom. Después de la coronación, no habría invitación de ninguna clase. La reina regresaría a palacio, directamente. Y al día siguiente ofrecería una recepción en la cual agradecería la presencia de los representantes de los países amigos, y aseguraría la lealtad de Atlantic Kingdom para con sus respectivos países.

Y por el pasillo central, caminando con naturalidad, sin apresuramiento ni lentitud, su majestad se dirigía hacia el trono vacío, sonriendo muy levemente, quizá porque algunos de los comentarios cuchicheados llegaba hasta sus oídos. Comentarios de admiración, naturalmente, pues no podía ser de otro modo. «Blueyes Queen» hacía honor a su nombre. Sus ojos parecían más grandes, azules y bellos que nunca. Y su porte, ciertamente, correspondía al de una reina.

El silencio fue completo, casi tangible, cuando llegó al trono.

Subió, ahora lentamente, a la brillante plataforma, se detuvo ante el sillón rutilante y se volvió. Arriba, los comentaristas de la radio y la televisión musitaban unas palabras ante los micrófonos. Pero sus voces no llegaban más allá de los propios micrófonos, en la sala…

Siempre en medio del gran silencio, el máximo representante eclesiástico del país se adelantó, hacia lo alto del trono. Quedó ante la reina, y sus palabras de bendición llegaron, apagadas, a todos los puntos del salón. Fue luego hacia la corona e hizo lo mismo con ésta, con el manto real y con el cetro, que descansaba en otro almohadón de seda roja…

En el saloncito de la hermosa villa junto a la playa, en los suburbios elegantes de Queen City, Ivan Bolonov miró brevemente a Kurvanian, sonriendo con fría ironía.

—Es divertido, ¿no te parece?

Kurvanian tenía la mirada fija en los azules ojos de la reina que sería coronada dentro de pocos segundos.

—Todavía no podemos reír, camarada Bolonov.

—Pero dentro de una semana habrá terminado. Esa mujer abdicará y… Atención a la pantalla.

En la pantalla, los dos altos y apuestos oficiales que custodiaban hasta entonces la corona, habían subido al trono, y colocaban la capa real sobre los hombros de la reina, que la anudó ante su garganta con facilidad y tranquilidad. Luego, siempre según el protocolo de Atlantic Kingdom, el general de más alta graduación se acercó a ella, ofreciéndole en el rojo almohadón el cetro que simbolizaba el mando.

Y, por último, tomó del otro almohadón la corona, que había sido acercada por el jefe de la Guardia Nacional. Con la corona sostenida en ambas manos, el general se volvió hacia el salón del trono, mostrándola en alto, lentamente, describiendo un semicírculo, como si quisiera asegurarse de que todos veían bien la corona.

Se volvió luego hacia la reina, que permanecía inmóvil, con la cabeza un poco inclinada. Pero al acercarse el general, la reina irguió la cabeza, dispuesta a recibir la corona, que fue colocada cuidadosamente sobre los negros cabellos, sobre la dorada frente.

Por fin, el general se retiró dos pasos, y antes de inclinarse respetuosamente, musitó:

—He aquí a nuestra reina.

—¡Viva la reina!

—Bien —sonrió Bolonov—, ya está. Ahora ella dirá unas palabras, y todo estará terminado por nuestra parte. Voy a cerrar el…

—Espera. No tenemos ninguna prisa. Oigamos lo que dice.

—Como quieras, camarada Kurvanian.

Éste miraba fijamente la pantalla. La reina se había sentado en el trono, tomando posesión de él. Por detrás, apareció un oficial de la Guardia Nacional, que colocó junto a al trono el micrófono, para que las palabras de la recién coronada reina llegaran a todos los rincones del salón, y, por supuesto, a través de los servicios de televisión y radio, a todo país.

—Aunque no creo que diga otra cosa que tonterías comunes —añadió Ivan Bolonov.

—Oigámosla.

La voz de su majestad sonó con toda claridad en el saloncito de la hermosa villa, por cuyas ventanas se veía el mar…

—Pueblo amado de Atlantic Kingdom —empezó la dulce voz—: os agradezco el cariño que me habéis demostrado durante esta semana de estancia entre vosotros, y sé que ese cariño me lo estaríais otorgando durante toda mi vida. Pero esta noche he tenido tiempo para reflexionar profundamente, y he decidido abdicar…

—¡Está loca! —exclamó Bolonov—. ¡No tiene por qué hacerlo ahora, recién coronada! ¡Esa mujer es una estúpida…! ¡Ha debido esperar algunos días, para que nadie sospeche…!

—Cállate —gruñó Kurvanian— y escuchemos.

—… familia real. Creo que es esa familia real vuestra la que tiene todos los derechos sobre este trono. Así, pues, he tomado una decisión, y tengo ya escritos los documentos que darán validez legal a esa decisión. Ahora, sólo tengo que firmarlos, con el pleno poder que me confiere la corona.

Un nuevo personaje apareció en la pantalla, llevando una carpeta de piel en una mano y un ligero atril en la otra. Colocó el atril ante su majestad, y luego, sobre aquél, la carpeta abierta.

Luego, tendió una pluma a la reina, que comenzó a firmar, ante el asombro y la expectación de los invitados.

—¿Quién es ese tipo? —masculló Kurvanian.

—Creo que es el preceptor de una de las princesas.

—¿Y qué pinta aquí?

—No lo sé. Pero si sé que esa mujer es idiota. Me pregunto por qué no ha podido esperar una semana o dos para abdicar completamente y nombrar un presidente y un Consejo de Tres.

—Quizá Martin no supo darle correctamente las instrucciones.

—¡Pues entonces el idiota es el maldito Martin! ¡Yo le…!

Kurvanian le exigió silencio con una seña, señalando la pantalla, en la cual se veía a la reina, sonriente tras firmar el último documento.

—He aquí —dijo— mis primeras y últimas disposiciones de reina. En una de ellas, nombro regente de Atlantic Kingdom a Conrad Harris Bladford, el cual, con plenos y absolutos poderes, gobernará en el país hasta que la reina tenga dieciocho años… Me refiero a la nueva y auténtica reina de Atlantic Kingdom, en la cual abdico desde este mismo momento, también formal y legalmente, con documentos firmados…

La princesa Mary Lou apareció en el pasillo y se dirigió directamente al trono. Ahora, el silencio era aún mayor, forzado, incrédulo. Todos los ojos estaban fijos en la niña, que subió a la plataforma del trono y se colocó ante su majestad, la cual se había puesto en pie, y, sonriendo, se estaba quitando la corona Siempre risueña, la colocó en la cabeza de la niña, la llevó luego de una mano hacia el trono y la ayudó a sentarse.

Más sonriente que nunca, se volvió Brigitte Montfort hacia la sala, y dijo:

—He aquí a nuestra reina… ¡Viva la reina!

Ivan Bolonov se dejó caer en el sillón tras haber estado a punto de lanzarse contra el aparato de televisión. Tenía el rostro tan pálido que parecía un cadáver. Kurvanian, en pie junto a él, estaba igualmente pálido, pasándose por la frente un pañuelo que enjugaba el frío sudor.

—Estamos perdidos —jadeó—. ¡Nos han traicionado esos cuatro cerdos!

—Quizá sea cosa de ella —musitó roncamente Bolonov.

—¿Estás loco? ¡Esa mujer no puede tener la suficiente capacidad mental para planear todo esto! ¡Ha sido preparado por el Consejo de los Cuatro! ¡No puede ser de otro modo!

—Creo… creo que debemos calmarnos, Kurvanian. Sí… Eso es lo que tenemos que hacer: calmarnos. Hay que analizar detenidamente la situación actual…

—No hay nada que analizar… ¡Está bien claro! Esa mujer ha abdicado en una princesa real, y ha nombrado regente del reino a ese Conrad Harris Bladford. Te diré lo que significa, sin necesidad de analizar nada: el país se nos ha escapado de las manos. Hasta que esa niña tenga dieciocho años, Atlantic Kingdom estará gobernado con plenos poderes, en solitario, por el regente. ¡Y estoy seguro de que han sabido elegir al hombre adecuado para que ni siquiera escuchase cualquier proposición nuestra!

Bolonov se pasó la lengua por los labios y miró la pantalla, en la cual se veía el escudo del país, como fondo al himno nacional. La coronación había terminado. Apagó el televisor y volvió a dejarse caer en el sillón, tan sudoroso ahora como Kurvanian.

—¿Saben en Moscú cuáles eran exactamente sus planes al respecto?

—Les dije que sería una grata sorpresa para ellos. Sólo eso. Pero dentro de pocas horas verán la televisión y…

—Espera. Quizá todavía podamos intentar algo… Es posible que en Moscú crean que éste es nuestro plan, al menos mientras nosotros buscamos la solución.

—No digas estupideces. En estos momentos, una docena de agentes de la MVD saben ya lo sucedido, y Moscú sabrá la verdad antes de dos horas: el Consejo de los Cuatro nos ha traicionado, nos ha engañado. Eso es fácil de comprender. ¡Nadie creerá otra cosa sino que hemos sido burlados como imbéciles por esos cuatro hombres!

—Sí… Eso es lo que creerán, desde luego. Pero… ¿no te parece extraño? Es… increíble. Esos cuatro hombres son demasiado ambiciosos, están corrompidos, iban a ganar cien millones de dólares… No han podido ser ellos.

—¿Quién entonces? ¿La reina de los ojos azules? —exclamó sarcásticamente Kurvanian.

—¿Por qué no? —entornó los ojos Bolonov—. ¿Por qué no, me, pregunto?

—Es imposible… ¡Imposible! ¡Haría falta una astucia y una audacia diabólica para hacer eso!

—Antes desconfiabas de esa mujer, veías algo que no te gustaba en sus dulces ojos… ¿Ya no desconfías de ella?

—Escucha: para idear eso, para llevarlo a cabo tan de sorpresa, esa mujer tendría que ser una vieja serpiente conocedora de todos los trucos de intrigas políticas, de espionaje, de…, ¡de todo!

—Ella estuvo en Moscú como una inocente intermediaria entre la CIA y la MVD, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y si no fuese tan inocente? ¿Y si fuese una especialísima agente norteamericana? Vas a decirme que la coincidencia sería demasiado grande, pero… ¿por qué no? Fue seleccionada por un cerebro electrónico, ¿recuerdas?

—Tú mismo me dijiste que Martin, del Consejo de los Cuatro, había alterado el cerebro electrónico, a fin de que saliera un nombre cualquiera, pues de otro modo no habría modo de encontrar ninguna mujer capacitada para ser nombrada reina. Sería demasiada casualidad.

—¿Y si el cerebro electrónico hubiese… funcionado bien?

—Tonterías… Y creo que lo mejor que podemos hacer es marcharnos inmediatamente de este país.

—No. Si la jugada ha sido de los Cuatro, no nos dejarán escapar, todo estará vigilado. Incluso quizá esta villa. Pero si no ha sido cosa de ellos, nos llamarán, o vendrán. Si ha sido cosa de ellos, es inútil que intentemos escapar. Y si no ha sido cosa de ellos, tendrán que venir a darnos una explicación. Lógicamente, en Moscú considerarán este asunto como planeado por los Cuatro, y nos considerarán unos ineptos. Pero… ¿y si los Cuatro no fuesen culpables de esto? Entonces, podríamos suavizar nuestro fracaso informando a Moscú de que la culpable ha sido esa mujer…, y quizá entonces supiéramos más cosas sobre ella. Vamos a esperar, camarada Kurvanian. Es lo único que podemos hacer. Y tomémoslo con calma, porque si esos hombres han de venir, no lo harán antes de la noche.

Exactamente a las diez de la noche, los Cuatro llegaron a la villa junto al mar. Ivan Bolonov les abrió la puerta y los dejó pasar, en silencio. Cuando llegaron al saloncito, vieron a Kurvanian, desgreñado, pálido, crispado el rostro por la impaciencia y la preocupación.

—De acuerdo… —musitó Bolonov—. Estamos dispuestos a escucharles.

Los Cuatro no estaban menos pálidos que ambos rusos. Martin, como siempre, se erigió en portavoz del grupo:

—Ha sido ella… —jadeó—. ¡Ha sido esa mujer, tienen que creerme!

—¿Ella lo ha planeado todo? ¿No ha podido ser ese Conrad Harris…?

—No, no, no… Ella lo planeó todo, lo sabemos. Media hora antes de la ceremonia de coronación, Conrad no sabía nada. Fue el primer sorprendido. ¡Ha sido ella!

—Es imposible que una estúpida mujer consiga… esa jugada maestra, señor Martin —dijo fríamente Kurvanian.

—¡No es ninguna estúpida! Es… es una víbora… ¡Una víbora, pueden estar seguros!

—Parece que su tonta jugada del cerebro electrónico ha tenido malas consecuencias —gruñó Bolonov—. Quizá habría sido mejor dejarlo funcionar normalmente y que hubiese dicho que…

—Funcionó normalmente.

—¿Cómo? —exclamó Kurvanian.

—El… el cerebro electrónico funcionó bien… Ayer, el representante de la IBM se presentó a mí, y me preguntó si los servicios de su empresa habían sido satisfactorios. Le dije que sí, y que ya podían llevarse la máquina. Añadí… añadí que si había algún desperfecto de cualquier tipo, nosotros pagaríamos la reparación, o los gastos que fuesen… El hombre sonrió, y dijo que una IBM raramente tiene fallos, que si los tiene son ellos quienes los solucionan sin incomodar al cliente, y que…, que además, habían repasado la máquina y que funcionaba perfectamente. Habían hecho algunas comprobaciones, pues debían enviarla a otro cliente, y si hubiese funcionado mal habrían recurrido a otra máquina…

—La máquina funcionó bien —musitó Bolonov—. Eso quiere decir que esa mujer reúne… las condiciones exigidas para ser reina…

—Sí… Sí, así es… Yo creí haber alterado los mecanismos del cerebro, pero es evidente que… que no lo hice.

—Pero entonces…, ¿qué clase de mujer es ésa, que está capacitada para gobernar un país, que cede la corona, que nos

destruye unos planes que hemos estado elaborando durante meses...? ¿Qué maldita clase de mujer es ésa?

—Ya te dije que no me gustaba —deslizó Kurvanian.

—Es asombroso... Hasta ahora, sólo otra mujer ha conseguido jugadas parecidas contra...

Los dos rusos quedaron mirándose, demudados los rostros, la frente nuevamente llena de sudor. No podían estar seguros de la sospecha que latía en sus mentes, pero parte de la verdad, de cierta posibilidad, al menos, iba penetrando en su conocimiento como a martillazos, duramente, bruscamente, a golpes...

Kurvanian se llevó las manos a la frente.

—No puede ser... Sería todo... espantosamente casual, increíble —miró de pronto alarmado a Martin—. ¿Ella no los ha delatado?

—No. Ignoramos lo que pretende. Desde luego, si quisiera hacer algo contra nosotros, ya estaríamos detenidos, y ustedes también.

—Lo sabemos. Por eso no nos hemos movido de aquí. Sabíamos que era inútil intentar escapar, que todo estaría vigilado.

—Estamos seguros de que ella no ha dicho nada sobre nosotros a nadie —aseguró Zabulon, lívido.

—¿Por qué no? Lo lógico habría sido apresarlos y obligarles a delatarnos. Nosotros sabemos muy bien que no teníamos posibilidad de escapar, y hemos esperado porque teníamos alguna esperanza... Pero no es lógico, no... Ciertamente, nuestra detención e interrogatorios consiguientes habrían armado un gran alboroto político, una tirantez internacional... No hemos escapado porque pensábamos que era inútil, pero ni siquiera a ustedes los han molestado... ¿Por qué?

—Quizá ella no quiere alborotos políticos.

—Entonces..., ¿qué es lo que quiere? ¿Cómo espera solucionar este asunto?

—Tiene sus cinco millones de dólares esperándole en Estados Unidos. Quizá ésa sea lo único que le importe.

—No, no, no... Ustedes, los Cuatro, están equivocados. Ella quiere algo más. Ha hecho una gran jugada que la coloca en la cumbre de la astucia política y del espionaje. Pero eso sólo lo sabemos algunas personas. Veamos: nosotros seis... y ese Conrad, el nuevo regente. Sólo nosotros. Ha hecho tan gran jugada, que la MVD quizá obtenga muy interesantes conclusiones sobre ella,

cuando nosotros pasemos el informe. Podemos… ¡Un momento! ¿Nadie les ha seguido?

—No… Desde luego que no.

Los dos rusos se miraron, brillantes los ojos.

—Bien —mustió Kurvanian—. No sé lo que ella está tramando, pero sí sé que nosotros vamos a intentar salir de aquí. Y puesto que ustedes son los únicos que nos conocen…

La mirada había sido muy expresiva, pero los Cuatro sólo comprendieron la verdad cuando cada ruso sacó su pistola provista de silenciador.

—¡No! —gritó Martin—. ¡Esperen, no pued…!

Plop, plop, plop, plop, plop…

Los cuatro hombres fueron derribados a balazos, lanzados unos contra otros, salpicándose mutuamente de sangre… En menos de cinco segundos, yacían en el suelo, trágicamente mezclados, unos encima de otros… Joseph y Zabulon todavía gemían, pero cuatro disparos más solucionaron la cuestión. Los cuatro cadáveres quedaron en grotesco, estremecedor montón manchado de rojo…

—Vámonos —dijo fríamente Kurvanian—. Solamente ellos nos conocían, de modo que tenemos muchas probabilidades de escapar… Y esa mujer, si realmente es Baby, está acabada: pasaremos el informe a la MVD… y esperemos que eso arregle nuestro fallo en el otro asunto. No te dejes nada importante, Bolonov.

—Recogeré el portafolios.

Ni siquiera un minuto más tarde, los dos rusos salían de la villa, al porche…

—Levanten las manos, camaradas —dijo una voz—. Y vuelvan al nido.

Por instante, quedaron petrificados. Luego, todavía sin alzar las manos, se volvieron, y miraron al hombre alto, atlético, de simpático rostro y rebeldes rizos. Parecía un deportista.

—¿CIA? —musitó Bolonov.

—Entren. Las manos en alto, insisto.

Ahora sí obedecieron los dos. Regresaron al saloncito, y cuando se volvieron hacia el recién llegado, lo vieron pálido, tras una mirada a los cuatro cadáveres.

—Siéntense —murmuró roncamente—. Y sólo que muevan una

oreja será un buen pretexto para que yo apriete el gatillo.

Los dos rusos obedecieron. Vieron sacar un paquete de cigarrillos al hombre, pero comprendieron la verdad cuando, tras apretar el paquete, uno de los cigarrillos sobresalió de la media pulgada.

—¿Estás en camino? —preguntó.

—Sí. ¿Los tienes? —oyeron una voz conocida, de mujer.

—Desde luego. Han matado a los Cuatro.

—Ten mucho cuidado, Frankie. Mátalos sin piedad a la menor sospecha.

—Descuida… No me sorprenderán. ¿Cuánto tardarás?

—Cinco o seis minutos. No te descuides, por Dios.

—Los mataré si se mueven. Pero date prisa.

Brigitte guardó la pequeña radio y miró a Conrad Harris.

—¿No puede ir más de prisa, señor Conrad?

—Hago lo que puedo… Ya sé, ya sé, eso no tiene mérito… Iré más de prisa. ¿Quiere creer que todavía no salgo de mi asombro?

—¿A qué se refiere…? ¡No descuide el volante!

—Tranquilícese… Me refería a… a lo del pasillo. Es un buen sistema para salir de palacio sin ser visto. Y una vez en el mausoleo, no es difícil salir, de noche, de los jardines reales.

—No olvide, señor Conrad, que Mary Lou no debe conocer jamás la existencia de ese subterráneo.

—No lo sabrá. Todo esto es tan sorprendente… y tan horrible. ¿Quién había de pensar eso de Jonás? Su desaparición va a extrañar mucho, pero comprendo que no podremos dar ninguna explicación. En fin…

—Las explicaciones sólo se dan cuando no hay más remedio —sonrió fríamente Baby—. Y más, en casos como éste.

—Usted es una mujer… extraordinaria y desconcertante… No la comprendo. Pero la admiro profundamente, y me pregunto cómo podría agradecerle todo lo que ha hecho por Mary Lou y por mi patria…

—Es sencillo agradecérmelo, señor Conrad. Jamás, a nadie, deberá decirle qué es lo que yo hice realmente. Eso podría costarme la vida.

—Tiene mi silencio asegurado. ¿Qué haremos ahora, qué es lo que pasará en esa villa que su amigo dijo que había cerca de le

playa, en…?

—Ahora, señor Conrad, acabaremos este asunto del único modo posible, porque mucho me temo que esos hombres habrán sacado conclusiones bastante acertadas sobre mi personalidad extraoficial. Además, son unos asesinos.

—¿Qué piensa hacer?

Brigitte Montfort sonrió heladamente.

—Ya lo verá. Pero, haga lo que haga, señor Conrad, recuerde que ahí terminará mi intervención, y que usted deberá encargarse del resto, dando a quien corresponda las explicaciones que crea más convenientes. Cuando nos separemos, yo regresaré sola al palacio, y volveré a entrar por las verjas, luego por el mausoleo… Eso será todo. Lo demás es cuenta suya. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Tres minutos más tarde, el coche se detenía ante la villa junto al mar, y Brigitte se apeaba rápidamente. Cuando Conrad se reunía con ella en el saloncito de la casa, la gran automática de Frank Minello estaba en la diestra de tan extraordinaria mujer. Conrad miró a los dos hombres, abrió la boca para preguntar…

—Salgan —dijo en aquel momento Brigitte—. Los dos, señor Conrad. ¿Has oído, Frankie?

—Pero yo…

—Fuera.

Minello se pasó la lengua por los labios. Tomó de un brazo a Conrad, y ambos abandonaron la casa. Los dos rusos miraban fijamente a la hermosísima muchacha de los más bellos ojos del mundo, que habían mirado fugazmente los cuatro cadáveres.

—Son ustedes unos asesinos… —musitó—. Comprendo y admiro a los espías, incluso cuando matan bajo mandato, por orden expresa… y a quien lo merece. Pero ustedes…

—Era nuestra seguridad personal —jadeó Bolonov.

—Ah… Celebro que lo comprendan. También se puede matar por seguridad personal, ¿no es cierto? Evidentemente, un espía identificado está todavía más en peligro de muerte. Gracias por admitirlo. Y ahora, caballeros…

—¡Espere! Sólo… sólo una pregunta… ¿Es usted Baby, de la CIA?

—No.

Plop… Plop…

Los dos rusos quedaron sentados, cada uno en un sillón, con un agujero negruzco en la frente. Brigitte los miraba fríamente. Y tan fría como su mirada fue su sonrisa.

—No soy solamente Baby de la CIA, gente sin respeto —deslizó con escalofriante humor—. Soy más. Mucho más. Soy… su majestad Baby.

Cuatro días más tarde, la jovencísima reina de Atlantic Kingdom despedía, en el puerto de Queen City, a la reina que había abdicado en ella, a la mujer que siempre, en el corazón de cuatro millones de isleños, sería recordada y querida como «Blueyes Queen». Unas gruesas lagrimotas se deslizaban por el lindo rostro de su majestad Mary Lou, de Atlantic Kingdom. Junto a ella, Conrad Bladford, el hombre que a los dos días de regir el país había dado a su pueblo la maravillosa noticia de que había conseguido un préstamo de ciento veinticinco millones de dólares de tres países amigos, con los cuales se abrirían inmediatamente relaciones diplomáticas. Con este último golpe de efecto, Conrad había sido admitido sin reservas…

—Prometido —sonreía la señorita Montfort—: los visitaré siempre que disponga de tiempo, majestad. Y ahora, adiós… No hay que hacer esperar a los demás pasajeros. Adiós…

—Adiós, majestad —gimió su majestad Mary Lou.

Un minuto después, en la borda, su majestad Baby recibía la sobrecogedora despedida de los isleños, que llenaban todos los puntos visibles desde el puerto. Sobrecogedora por el intenso silencio. Nadie decía nada, como si aquella marcha no importase. Pero miles y miles de personas, allí presentes, atestiguaban que si les importaba dejar de ver en sus televisores los más bellos ojos del mundo.

Este es el final

Tres días más tarde, en cierta oficina del Cuartel General de la CIA, la agente Brigitte Montfort, alias Baby, miraba irónicamente a su jefe directo de la Central.

—Sin más preámbulos, míster Cavanagh. ¿La CIA ha decidido prescindir de mi por haberme hecho notar tanto en el mundo entero?

—No, no… Por el contrario, Brigitte… Lo que estoy tratando de decirle es que la Junta de Mando me ha encargado que la felicite. Han comprendido muy bien que ningún servicio de espionaje desconfiará jamás de una mujer hoy conocida en todo el mundo. En realidad, su jugada ha sido doble. Soluciona asuntos, como siempre, y, además, por si había algún espía que pensaba en la señorita Montfort como una espía norteamericana, esto le quitará tales ideas de la cabeza.

—Celebro que la CIA haya comprendido lo mismo que yo comprendí desde el primer momento, y que no me haya molestado durante mi… reinado.

—Cortesía de la casa… —sonrió Cavanagh—. ¿Champaña?

Brigitte lo miró astutamente.

—Tiene algo para mí, ¿no es cierto?

—Bueno…

—Aceptaré el champaña mientras me lo explica… ¿Adónde tengo que ir esta vez?

Cavanagh parpadeó. De su escondrijo especial sacó la botella de «Perignon 55» que solamente la agente Baby merecía el honor de degustar. Sirvió dos copas, echó sendas guindas y miró los sonrientes ojos azules.

—Por sus continuos éxitos.

—Muy amable… ¿Adónde debo ir esta vez?

—Hay un informe completo qué se lo explicará todo… Pero no

corre prisa. Bastará con que salga… pasado mañana al amanecer.

—Caramba… ¡Qué largas vacaciones! ¡Casi dos días!

—¿Sabe? —sonrió Cavanagh—. En el fondo, casi lamento que no se haya quedado usted como reina en Atlantic Kingdom. Supongo que ha de ser formidable ser amigo de una reina…

—Ya lo es usted, señor —sonrió dulcemente la espía—. Y de una reina muy importante. Nada menos que de su majestad Baby…

FIN